

CONTRIBUCIONES EXTERNAS

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA A LOS DIVERSOS ASEDIOS DE BARCELONA Y GUERRAS DE CATALUNYA. SIGLOS XVI - XVIII

1. La guerra de Sucesión

El conflicto sucesorio que dio lugar a la Guerra de Sucesión ha sido concebido por algunos historiadores como una auténtica guerra mundial. Durante la época Moderna, las disputas entre las potencias europeas por conseguir la hegemonía continental fue una constante. Aun así, con la Guerra de Sucesión, los frentes bélicos se desarrollaron en múltiples escenarios; Europa monopolizó el epicentro, pero en todo el continente americano se vivieron episodios relevantes.

La lucha europea se produjo en diversas geografías: en el ducado de Saboya; en la península Ibérica, ya fuera en la frontera castellano-portuguesa, en Castilla y especialmente en la Corona de Aragón; en Francia, donde incursiones aliadas penetraron en diversos sectores del reino, sobre todo por el sur; en la península Itálica, ya fuera en el tradicional escenario padano, o en el reino de Nápoles; y en el centro del continente, desarrollándose algunas campañas al sur de Alemania y entre las tierras irrigadas por los ríos Mosela y Rin.

De forma más remarcable, el gran teatro bélico de la época Moderna, Flandes, tampoco se libró de padecer la rigurosidad del conflicto. Las campañas más espectaculares en términos cuantitativos, donde cada bando podría llegar a presentar batalla con ejércitos que oscilaban entre setenta y cien mil combatientes, se produjeron en esta geografía a caballo entre Francia y las Provincias Unidas. Las batallas de Ramillies (1706), Oudenarde (1708) o Malplaquet (1709), son un buen ejemplo de ellas.

A pesar de que el trono de la Monarquía Hispánica originaba la disputa internacional, el prestigio y el fracaso se jugaban en Flandes. Los grandes generales de la época realizaban algunas campañas en este escenario, como el duque de Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya por el bando aliado, o los duques de Vendôme y de Villars

por el lado borbónico. Los cuatro grandes generales de la Alianza de la Haya de los primeros años de la disputa fueron el duque de Marlborough, el príncipe Eugenio de Saboya, el conde de Peterborough y el magrebí Luís Guillermo de Baden-Baden. El duque de Marlborough fue, probablemente, el mejor comandante que participó en la guerra de Sucesión. En líneas generales, sus acciones se desarrollaron en Flandes, ganando importantes batallas en Ramillies, Oudenarde y Malplaquet.

El príncipe Eugenio de Saboya, a lo largo de toda la disputa, estuvo al servicio del Imperio romano-germánico, liderando acciones meritorias en Turín y luchando al lado del duque de Marlborough. El conde Peterborough consiguió que el archiduque Carlos de Austria fuera coronado en suelo hispánico y se apoderó de la Corona de Aragón en poco menos de un año. Luis Guillermo de Baden-Baden fue el comandante del ejército imperial, liderando la victoriosa batalla de Schellenberg.

2. Barcelona a principios del siglo XVIII

La Barcelona de principios del siglo XVIII contaba con una población que rondaba los treinta y cinco mil habitantes. La Rambla, Antigua muralla medieval, ya estaba inmersa dentro del trazado urbano y era una avenida que dividía la Ciudad de intramuros. Desde la Rambla hacia levante había la parte más dinámica, heredera del esplendor medieval, que se organizaba entre cuarteles: del Pi, de Sant Pere, de Framenors y del Mar. El sector barcelonés de ponente, el Raval, estaba más despoblado, y aunque la zona de Tallers iba aumentando en población, era un espacio donde predominaban los centros conventuales y asistenciales, además de disponer de una importante extensión de huertas.

La ciudad contaba con decenas de gremios bien cualificados, muestra de la amplia oferta existente de bienes y servicios. El puerto tenía una actividad comercial prolífera y arrastraba a diversos sectores de toda Catalunya a exportar a medio mundo. El vino y el aguardiente eran mercaderías muy preciadas, pero también los frutos secos, los tejidos o los productos de cestería. Este dinamismo implicaba que en la ciudad hubiera bastante población extranjera y oca-

sional. Barcelona actuaba como cabeza y centro de una Catalunya que en términos socioeconómicos se vertebraba en una red.

La vida cotidiana estaba regida por la religiosidad característica del Antiguo Régimen, donde convivían actos públicos de fe, como las procesiones y las peregrinaciones, y una sociedad urbana abocada a la fiesta y al ocio; como lo demuestran las extensas aficiones al juego, a la música, a la danza, al teatro o a las chocolatadas que se organizaban en las afueras de la ciudad disfrutando de la naturaleza. Seguramente el mejor ejemplo lo representaba el carnaval, que alrededor de 1700 era uno de los más importantes de Europa.

Aunque la Barcelona próspera de finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII vio como la guerra agredía su dinámica floreciente. Primero, a causa del conflicto de los Nueve años, cuando la flota francesa bombardeó la capital catalana (1691), en el momento en que la ciudad fue asediada (1697); i sobre todo, durante la guerra de Sucesión, cambiando definitivamente su fisonomía a causa de los asedios de 1705, 1706, y de manera muy especial, después del fatídico episodio de 1713-1714.

3. Las defensas de Barcelona

El siglo XVI fue la centuria en la que las armas de fuego y la guerra de artillería se impusieron en toda Europa. Las nuevas necesidades bélicas comportaron cambios en las urbes medievales, fortificadas con murallas elevadas y torres de defensa. Desde entonces las ciudades como Barcelona reforzaron el perímetro amurallado con baluartes poligonales capaces de albergar artillería para castigar al invasor.

Una de las primeras áreas de la capital catalana que se adaptó a la nueva estructura defensiva fue la fachada marítima, a partir de la construcción de los baluartes de Llevant, Migdia, Sant Francesc, i con el tiempo, el del Rey, al lado de las Atarazanas. Al mismo tiempo se fortificaron los accesos que conducían a Montjuïc y al llano de Barcelona: baluartes de Sant Antoni, Tallers, de l'Àngel, Jonqueres, Sant Pere i Portal Nou. Para la Monarquía Hispánica, ase-

gurar Barcelona era fundamental, por tratarse de una plaza portuaria y una de las ciudades más importantes cercanas al reino de Francia. El dispositivo defensivo de la ciudad se reforzó a mediados del siglo XVII con la construcción del castillo de Montjuïc, adquiriendo la estructura poligonal característica de la época Moderna. A través del portal de Santa Madrona, una línea de comunicación conectaba la montaña con la ciudad.

La capital catalana estaba rodeada por una gran extensión agrícola, el llano de Barcelona, irrigado por los arroyos provenientes de la sierra de Collserola. En el llano había diversas masías diseminadas y algunos centros conventuales. Uno de los más cercanos era el convento de Jesús, que conducía a Barcelona a partir del camino de Jesús. El convento de los Capuchinos estaba emplazado en el cerro de Montcalvari, a medio camino de la masía del Guinardó.

Decenas de senderos pasaban por el llano de Barcelona, entre los que destacaba el camino real que seguía la antigua vía augusta romana. Una vez éste superaba el río Besós, se encaminaba hacia Sant Martí de Provençals, cruzaba el Rec Comtal por el puente de las Bigues y entraba en Barcelona por el Portal Nou. En intramuros, el camino tomaba la calle Carders para dirigirse al centro de la ciudad, atravesaba la Rambla para emprender la calle Hospital y salía por el portal de Sant Antoni.

El Rec Comtal de Barcelona, que también entraba por el Portal Nou, cruzaba el barrio de Sant Pere para adentrarse hasta el cuartel del Mar. El agua que transportaba no servía para beber, sino para el tejido productivo barcelonés. A extramuros, la acequia hacía mover los molinos de San Andreu y el Clot; dentro de la capital, el agua era utilizada, sobre todo, por las manufacturas textiles (tintoreros, curtidores y sazonadores).

4. Carlos II

Carlos II fue el último monarca de la Casa de Austria. Hijo de Felipe IV y de Marianna de Austria, reinó entre 1655 y 1700. Fue el único monarca del Principado que no juró las constituciones de Catalunya. No visitó nunca las tierras catalanas ni convocó nunca las cortes del país del

cual era soberano. Aunque a finales del siglo XVII Catalunya no experimentara ninguna reforma económica, el Principado vivió los 14 años de reinado de Carlos II en un sobresalto permanente a causa de la inacabable guerra con Francia que amenazaba las fronteras del Principado y la misma capital, sitiada por los franceses el año 1697. Durante los años de su mandato, la inestabilidad política, que llegó también a Catalunya, se pone de manifiesto en los continuos cambios de virreyes que se produjeron, diecisiete en total, casi todos miembros de la aristocracia castellana y con experiencia militar. Los episodios bélicos con Francia tienen una cronología que abarca la totalidad de su reinado: 1667-1668, 1673-1678, 1648 y 1689-1697. Un personaje de gran influencia política fue el antiguo virrey de Felipe V, Joan José de Austria. Durante el virreinato de Alexandre de Bournonville (1678 – 1685) “la burguesía se mostró decidida a dar un paso adelante al introducir técnicas e invertir en empresas que darían lugar a la futura industria textil catalana. La ascendencia flamenca del virrey bien podía haber alentado a los catalanes a seguir el camino de las prestigiosas fábricas de tejidos y manufacturas de Flandes” (Morales-Sobrequés). Murió el uno de noviembre en Madrid y fue enterrado en el Escorial.

5. Felipe V

El duque Felipe de Anjou nació el 19 de diciembre de 1683 en Versalles. Era el segundo hijo del Gran Delfín, heredero del trono de Francia, y María Ana de Baviera. Su ascendencia hispánica procedía de su abuela paterna, ya que su abuelo Luis XIV se había casado con la infanta María Teresa.

Gracias al testamento que firmó el moribundo Carlos II, el año 1700, el duque de Anjou fue proclamado sucesor. Muy pronto, Luis XIV coronó a su nieto rey de la Monarquía Hispánica reconocido como Felipe V.

El joven monarca llegó a Madrid cuando solo tenía 17 años y se rodeó de un círculo de clara influencia francesa y fue así como Luis XIV controló muy de cerca los primeros años del reinado de Felipe V. La corona hispánica de los Austrias se había caracterizado por un sistema político marcado por la influencia de los consejos reales y los

contra poderes de los reinos constitucionales. El nuevo talante borbónico evolucionó hacia una política más centralizada y jerárquica, donde las medidas se dictaban desde la Secretaría del Despacho Universal del monarca.

Después de la guerra de Sucesión, la uniformización de la Corona española realizó un paso más a partir de los Decretos de Nova Planta, que abolían los regímenes jurídicos de la Corona de Aragón –menos el del reino de Cerdeña, que pasó a manos austriacas-. El nuevo ordenamiento adoptó la administración castellana. Las Reales Audiencias y Capitanías Generales proliferaron en todo el Estado para llevar a cabo el orden político, jurídico y militar desde 1716 y hasta bien entrado el siglo XIX.

6. El archiduque Carlos de Austria.

Carlos de Austria o de Habsburgo, nació el 1 de Octubre de 1685 en Viena y era el segundo hijo del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Leopoldo I, y de Leonor de Palatinado-Neoburgo. El emperador Leopoldo I era hijo de una de las infantas de España, María Ana. De esta forma los derechos hereditarios hispánicos de Carlos proceden por parte de su abuela paterna.

Cuando Carlos II murió en Madrid el año 1700, el emperador no reconoció el testamento del monarca español a favor de Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV. En el último suspiro, Carlos II, decretó que el pretendiente francés se convertiría en su sucesor, en detrimento de cualquier candidato procedente de la rama vienesa.

El descontento de Leopoldo I coincidió con la desaprobación de las potencias atlánticas (Inglaterra y los Países Bajos), que querían interceder en el decadente imperio español. Sin duda, la elección de Carlos II provocaba que la primera potencia continental de la época, la Francia de Luis XIV, reforzara su liderazgo gracias a la coronación de un Borbón en Madrid.

La forma como se había cerrado el proceso sucesorio hacía prever que pronto se originaría un nuevo conflicto internacional. En esta ocasión, además, aparecía la oportunidad de irrumpir en América. Las múltiples posibilidades mercantiles que ofrecía el continente, como eran los con-

tratos de los esclavos, la introducción de productos, así como amplios y abundantes recursos naturales, también se convirtieron en motivaciones importantes de la disputa.

Cuando la guerra de Sucesión española se declaró de manera oficial en mayo de 1702, al cabo de un año el emperador Leopoldo I proclamó rey de la Monarquía Hispánica a su segundo hijo Carlos. Desde entonces, las potencias atlánticas y el Imperio Romano Germánico reconocieron al joven monarca como Carlos III.

El pretendiente salió de Viena para dirigirse hacia la península ibérica, haciendo un trayecto muy similar al que había realizado unos doscientos años antes el emperador Carlos V. A principios de 1704, Carlos III viajó a Portugal, pero muy pronto creyeron oportuno que se desplazara a Catalunya para sublevar los territorios catalano-aragoneses. Aquellas alturas de la guerra, el Principado y el reino de Valencia habían dado señales inequívocas a favor del joven Habsburgo.

A partir del asedio sobre la Barcelona borbónica del virrey Velasco (agosto – octubre de 1705), el pretendiente austríaco entró en la Corona de Aragón, fue proclamado Carlos III y convocó las Cortes Generales de Cataluña. A continuación, su dominio se expandió por los otros reinos peninsulares y, hasta llegó a ser coronado en Madrid en dos ocasiones (junio de 1706 y setiembre de 1710). Sin embargo, el apoyo social que disponía en la Corona castellana era muy escaso y cualquier posibilidad de arraigarse en la capital imperial era nula. Por otro lado, el ejército aliado que le daba soporte presentaba problemas de coordinación, financiación y avituallamiento, elementos fundamentales para imponerse a la alianza militar borbónica de las Dos Coronas (España y Francia).

Cuando las armas de Carlos III pasaban por uno de sus peores momentos la península ibérica –al margen de la derrota de Almansa–, el hermano del monarca, José I, murió el 17 de abril de 1711. El hasta entonces emperador había muerto a los treinta y cinco años de edad en Viena, y a pesar de haberse casado y tenido tres hijos, su único descendiente masculino no había sobrevivido. Este hecho comportó que su hermano Carlos III, por orden de primogenitura, ascendiera al trono de Austria, Hungría, Bohemia y poseyera el título imperial. De esta forma, Car-

los III hubo de abandonar Catalunya para oficializar la coronación. La ceremonia se produjo el día 22 de diciembre de 1711 en la catedral de San Bartolomé de Frankfurt.

Mientras tanto su esposa, ahora emperatriz, se quedó en Barcelona como regente. El objetivo era mantener activas las opciones de la sucesión hispánica, y al mismo tiempo demostrar su compromiso con el territorio. A pesar del gesto del nuevo emperador, coronado como Carlos VI, mientras se acordaba el tratado internacional de Utrecht, el monarca ordenó que la emperatriz regresara a Viena. Asimismo, firmó el armisticio con Francia para tratar de proseguir con las negociaciones de paz.

Finalmente, el tratado se ratificó el 7 de marzo de 1714 a Rastatt, por el cual Carlos VI consolidó la anhelada política imperial sobre la península itálica. En detrimento de la corona española, el emperador se apoderó de los reinos de Cerdeña y Nápoles, del ducado de Milán y de los Presidios Toscanos, además de controlar Flandes y algunos emplazamientos del centro de Europa.

Acabada la guerra de Sucesión española después de la caída de Barcelona, Mallorca e Ibiza, hasta treinta mil personas de origen hispánico tomaron el camino del exilio. En Viena, Carlos VI creó el Consejo de España para dar cobijo a los desplazados. El organismo, bajo la protección del propio monarca, otorgaba pensiones a los exiliados y mantuvo sus funciones hasta el año 1729.

Diversos militares catalano-aragoneses que habían luchado al lado del Habsburgo, se enrolaron en el ejército de Carlos VI para hacer frente al imperio otomano (guerra austro-Turca, 1716-1718). De la misma manera, durante estos años conflictivos, Austrias y Borbones volvían a enfrentarse en la guerra de la Cuádruple Alianza (1718-1720), a partir de la cual Felipe V anhelaba recuperar la soberanía de los reinos de Cerdeña y Sicilia. El desenlace de la paz de Utrecht no había satisfecho a la Corte de Madrid, ya que la Corona había perdido la herencia territorial del Mediterráneo.

La paz definitiva entre Carlos VI y Felipe V se consiguió con el tratado de Viena de 1725. A través del acuerdo, diversos aspectos que habían marcado las disputas entre ambos monarcas desde principios de siglo se resolvieron.

España y Austria ratificaron los tratados internacionales de Utrecht-Rastatt y Londres, el emperador reconoció a Felipe V como rey español y renunció a sus derechos, y a los de sus descendientes, sobre el trono de Madrid. Además se acordó una amnistía para los austracistas exiliados y un retorno recíproco de los bienes confiscados.

7. Austracistas y borbónicos

La entrada oficial de Felipe V en Madrid se produjo el 14 de abril de 1701, en medio de una gran alegría popular. Durante las tres jornadas siguientes se realizaron diversos actos festivos y luminarias. El juramento de Felipe V como nuevo rey se produjo delante de las Cortes de Castilla y León el 8 de mayo. El acto de gran solemnidad, se celebró en el monasterio de los Jerónimos de Madrid.

Desde el primer momento en que Felipe V juró el cargo, el nuevo talante político se hizo evidente. El cardenal Portocarrero, su principal valedor, se convirtió en el hombre fuerte del rey, adquiriendo mucho poder e impulsando la formación de un consejo secreto cuyos miembros eran abiertamente filofranceses. Los primeros años del reinado de Felipe V estuvieron muy marcados por el sello de Luis XIV, que a partir de algunos ministros que enviaba a Madrid, el monarca francés logró tener mucha influencia en el gobierno hispánico.

En estos primeros meses de 1701 también se vivieron expulsiones de algunos prohombres que no comulgaban con el bando borbónico. El caso más ilustrativo fue el del almirante de Castilla, el cual era caballero mayor del difunto Carlos II a quien Felipe V substituyó por el duque de Medina Sidonia. En otros puntos de la Corona sucedieron episodios similares, apartando de su cargo al gobernador de Cartagena o al comandante de Cádiz. En Catalunya, el ejemplo más evidente fue la destitución del virrey Jorge de Hessen-Darmstadt, quién posteriormente sería uno de los máximos exponentes del austracismo que se enfrentaría a la alianza franco-española.

Aunque la guerra no había empezado de manera oficial, las hostilidades entre Borbones y Austrias se iniciaron el año 1701. Para la campaña del norte de Italia, Luis XIV

desplegó unos veinticinco mil efectivos. Ante el clima existente de escalada militar, todas las monarquías intentaban captar posibles aliados iniciando acuerdos de apoyo mutuo o pactando alianzas matrimoniales. Así pues, mientras el rey de Francia hacía esta demostración de fuerza, el mariscal de Tessé aseguraba el apoyo del duque de Saboya junto al bando borbónico. De esta manera, Víctor Amadeo II reconoció Felipe V como rey de la Monarquía Hispánica, colaboró militarmente al lado de Luis XIV y con vino la boda entre Felipe V y su segunda hija, María Luisa de Saboya.

La futura reina, que entonces tenía 13 años, salió de Vilafranca de Mar (Niza) a finales de octubre de 1701. El mal tiempo provocó que desembarcara en Marsella para proseguir el viaje por tierra. Desde Barcelona, Felipe V viajó a Figueras para recibir la comitiva de la pretendiente, encabezada por su camarera mayor, la influyente princesa de los Ursinos. El día 2 de noviembre de 1701, los jóvenes monarcas contrajeron matrimonio en la villa ampurdanesa.

A continuación, la pareja real, se dirigió a Barcelona. Su entrada se realizó en medio de un clima festivo. La ciudad hizo tres días de fuegos artificiales y luminarias. Las autoridades de Catalunya pasaron por el Palacio Real – situado en la plaza de Palacio– para agasajar a los jóvenes, mientras los gremios barceloneses competían por hacer las mejores demostraciones de júbilo. Se realizaron precisiones por la ciudad, que se había engalanado para la ocasión. La nobleza del Principado organizó un torneo y diversos bailes para celebrar el matrimonio.

Tras la celebración de la boda entre Felipe V y María Luisa de Saboya, y una vez que los monarcas ya estaban establecidos en Barcelona, el rey borbón continuó con las Cortes catalanas que se habían inaugurado el mes anterior. Hay que tener en cuenta que un proceso legislativo de estas características no concluía con éxito desde 1599, dado que fracasó en los intentos de 1626 y 1632. Las demandas de convocatoria de los estamentos catalanes habían sido insistentes, ya que era necesario actualizar diversos aspectos del tejido socioeconómico y político del territorio.

8. Las cortes catalanes de Felipe V (1701-1702)

Las Cortes Generales catalanas se inauguraron el 12 de octubre de 1701 en el convento de Sant Francesc y se prolongaron hasta el 14 de enero de 1702. Como resultado, algunos sectores sociales obtuvieron acuerdos muy favorables, especialmente a nivel económico: puerto franco para Barcelona, libre comercio con América, formación de una compañía náutica y mercantil, libertad de comerciar con aguardiente y vino en los puertos peninsulares, imposiciones proteccionistas sobre productos extranjeros,... Una serie de concesiones especialmente beneficiosas para los grandes negociantes catalanes.

Aunque estas resoluciones contrastaban claramente con algunas demandas provenientes de la clase dirigente. En el fondo, éstos lamentaban que continuaran sin resolver algunos aspectos de la esfera jurídico-política pendientes desde la Guerra dels Segadors; concretamente, la reglamentación de los alojamientos militares, que tanto había castigado Cataluña desde 1635, y el nombramiento de cargos de la Diputación del General y la Ciudad de Barcelona.

El 8 de abril de 1702, el rey Felipe V se marchó de Barcelona en dirección a Nápoles. De esta forma el monarca borbónico ponía fin a su estancia en Catalunya, a la que se había desplazado para casarse con María Luisa Gabriela de Saboya y para convocar Cortes con los estamentos catalanes.

El viaje de Felipe V a Italia estuvo envuelto en cierta polémica ya que algunos sectores de la Corte hispánica consideraban que el monarca debía permanecer en la Península. Contrariamente, Luis XIV creía oportuno que el nuevo rey visitara las posesiones italianas. Las presiones españolas consiguieron que, al menos, María Luisa de Saboya no hiciera el trayecto. La reina se desplazó a Zaragoza para realizar Cortes Generales aragonesas.

Mientras tanto, Felipe V y su séquito realizaron los preparativos necesarios para desplazarse a la península itálica. Al inicio de la guerra de Sucesión, el norte de Italia era uno de los principales escenarios bélicos. Felipe V acompañó al ejército que lideraba el duque de Vendôme, quien consiguió la victoria de la batalla de Luzzara.

9. Carlos III llega a Lisboa

Desde que se inició la crisis dinástica a causa de la muerte sin descendencia de Carlos II, el emperador Leopoldo I y su hijo José no habían renunciado a los derechos hereditarios que poseían sobre la Monarquía Hispánica. Aunque las principales potencias internacionales advertían que el heredero debía ser el archiduque Carlos de Austria, el emperador todavía no lo había reconocido.

Finalmente, el 13 de setiembre de 1703, Leopoldo I renunció al trono español en su nombre y en el de José, y accedió a oficializar el nombramiento de su segundo hijo. De esta forma, el archiduque Carlos fue reconocido en Viena como Carlos III. Las presiones ejercidas por las potencias aliadas hicieron cambiar de opinión al emperador, sobre todo, desde que Portugal se unió a la Alianza de la Haya. La incorporación del reino lusitano facilitaba una acción militar que posibilitaba la entrada del pretendiente austriaco a la península ibérica.

Los preparativos para que Carlos III se dirigiera a Lisboa se activaron. Tanto es así que el 19 de setiembre de 1703 el joven monarca, que tenía 18 años, se marchó de Viena en dirección a los Países Bajos. El 3 de noviembre llegaba a la Haya, y después de algunas jornadas realizando diversas audiencias, entre ellas con el duque de Marlborough, comandante supremo del ejército aliado, se embarcó hacia Inglaterra. A primeros de diciembre, la comitiva del monarca Habsburgo llegó al palacio de Windsor para encontrarse con la reina Ana.

En Londres se hicieron todos los preparativos para que la flota que acompañaría a Carlos III a Portugal, transportara ocho mil soldados ingleses, cuatro mil de origen holandés y el equipamiento necesario para armar a los veinte mil combatientes que Pedro II se había comprometido a reclutar. Finalmente, el 9 de marzo de 1704, la gran expedición aliada que trasladaba a Carlos III entraba en el estuario del Tajo.

La llegada del archiduque Carlos de Austria en Barcelona se materializó gracias a que en junio de 1705, el enviado inglés de Génova, Mitford Crowe, había firmado un

acuerdo con representantes de los “vigatans” (vigatans era una de las denominaciones del bando austracista de la Guerra de Sucesión Española), para que el pretendiente austriaco desembarcara en Cataluña. Con este pretexto, el Principado se levantaría en favor del monarca y se podría consolidar la presencia del ejército aliado en la Corona de Aragón.

Esta opción, no era bien vista por la mayoría de comandantes de la alianza austracista. Estando en Lisboa, el entorno de Carlos III aconsejaba que se accediera a suelo hispánico por la vía andaluza, reduciendo a Cádiz. El ideólogo de este planteamiento fue el Almirante de Castilla, que consideraba que si conseguían reducir la plaza gaditana y situar la Corte en Sevilla, el impacto al conjunto de la Corona castellana sería mayor, además de controlar el área portuaria que conectaba con América. Por el contrario, si el ejército aliado se internaba por Catalunya, o por la Corona de Aragón, sería muy perjudicial para los intereses de los Habsburgo, ya que el almirante de Castilla advertía que podría producirse un conflicto civil en el seno de la monarquía.

La opinión del aristócrata hispánico era mayoritaria entre los asistentes en Lisboa. Aun así, al final, se acabó imponiendo la idea de penetrar por la vía catalana, sobre todo gracias a las presiones del príncipe Jorge de Hessen-Darmstadt. Según parece, el landgrave de Hesse interactuó con el propio archiduque Carlos para convencerle. A finales de julio de 1705, la expedición que transportaba a Carlos III zarpó de Lisboa, y el 22 de agosto, anclaba frente a la capital catalana.

10. El asedio austracista de Barcelona de 1704

Aunque durante el año 1703, la imponente escuadra aliada había hecho acto de presencia en aguas del Mediterráneo occidental, los anglo-holandeses no habían intentado ninguna acción militar relevante. En Altea (Marina Baja), las naves fondeaban para aprovisionarse de agua potable, tal como repitieron los años 1704 y 1705. En estas maniobras, el comandante aliado pudo observar la buena acogida ofrecida por la población civil de la Marina.

El año 1704, por primera vez en el Mediterráneo, los aliados intentaron una acción ofensiva para irrumpir en los territorios de la Corona de Aragón. El 28 de mayo, ochenta embarcaciones, treinta de las cuales eran de guerra, se presentaron delante de Barcelona. El máximo instigador de la operación fue el príncipe Jorge de Hessen-Darmstadt, que pidió obediencia a favor del archiduque Carlos. El virrey borbónico de Catalunya, Francisco Fernández de Velasco, decidió defender la plaza y movilizó la coronela de la ciudad, mientras que los aliados desembarcaban alrededor de tres mil quinientos hombres. El deseo del landgrave de Hesse era llegar intramuros y promover el levantamiento de la población. La demora de estos intentos conspiradores provocó que se realizara un tímido bombardeo sobre Barcelona, aunque el 1 de junio, la armada ya se hizo a la mar advirtiendo la empresa fracasada.

11. El asedio austracista de Barcelona de 1705

Aunque a finales de mayo de 1704 la flota anglo-holandesa había intentado sorprender Barcelona, la primera maniobra relevante de la guerra de Sucesión en Cataluña fue el asedio aliado de 1705.

Fruto del Tratado de Génova, entre Inglaterra y los “Vigatans” el 20 de junio de 1705, la monarquía anglosajona se comprometió a liderar un desembarco de diez mil hombres en Catalunya. A cambio, el Principado debería facilitar soporte militar a la vez que vería garantizadas sus Constituciones.

A finales de agosto de este mismo año, unas ciento cincuenta embarcaciones fondearon en la desembocadura del río Besós. La expedición transportaba al propio Archiduque Carlos, y contaba con la presencia del conde de Peterborough y del príncipe Jorge de Hessen-Darmstadt. La flota había zarpado de Lisboa el 28 de julio de 1705. Poco después se detuvo en Gibraltar, desde donde volvió a hacerse a la mar el 5 de agosto. Al cabo de cinco jornadas de navegación, la expedición hizo aguada en Altea y, una semana más tarde, tomaba Denia. En la localidad de La Marina, el archiduque fue proclamado rey por primera vez

en territorio hispánico. A continuación, la expedición se dirigió hacia la capital catalana, donde fondeó el 22 de agosto.

El mando aliado pidió al virrey borbónico Velasco que capitulara, garantizando la salida de la guarnición militar de Barcelona. El lugarteniente creyó oportuno defender la plaza ya que desde el inicio del verano, la capital catalana había recibido refuerzos y tenía provisiones suficientes para resistir el ataque. De hecho, la capacidad de los efectivos de Velasco, unos seis mil hombres, hizo replantear la ofensiva a los aliados, ya que a pesar de llegar a Barcelona el 22 de agosto, las primeras maniobras ofensivas no se iniciaron hasta el 14 de septiembre. Mientras transcurrían estas jornadas, en el área del desembarco comenzaron a reunirse algunos miles de voluntarios catalanes –principalmente “vigatans”–, así como otros pertrechos necesarios para iniciar el asedio.

El 14 de setiembre de 1705 comenzaron las primeras acciones militares del asedio sobre Barcelona, cuando desde el campamento aliado se creyó oportuno hacer una maniobra de distracción con el objetivo de atacar Montjuïc. Al alba de esta jornada, el príncipe Jorge de Hessen-Darmstadt se dirigió por vía terrestre, simulando su marcha, hacia Tarragona. La expedición estaba formada por tres mil hombres, encabezados también por el conde de Peterborough y James Stanhope. Paralelamente, las embarcaciones aliadas simulaban el reembarque de la artillería y otros pertrechos, dando a entender que zarparían en breve y abandonarían Barcelona.

Cuando la comitiva del landgrave de Hessen llegó a las cercanías de Montjuïc, tres columnas atacaron la montaña. Una de las primeras acciones consistió en apoderarse del convento de Santa Madrona, mientras que otro destacamento cortaba la comunicación con la ciudad.

Después de tres días de enfrentamientos, donde el príncipe Jorge de Hessen-Darmstadt perdió la vida, el 17 de setiembre una bomba aliada hizo estallar el polvorín del castillo de Montjuïc. La explosión provocó un boquete en el lienzo de la muralla lo suficientemente grande como para permitir la reducción de la fortaleza a favor de las fuerzas austracistas.

En estas operaciones, el ejército aliado contó con la colaboración de un número indeterminado de somatenes de todo Catalunya. El noble catalán Antoni de Peguera i Aimeric los capitaneaba y sus acciones se centraron en evitar el despliegue de la guarnición borbónica, ya fuera hacia Montjuïc o hacia el llano de Barcelona.

Una vez dominada la montaña y el castillo de Montjuïc, el ejército carlista inició la segunda parte de la ofensiva sobre la capital de Cataluña. La posición estratégica que ofrecía este emplazamiento hizo posible que comenzaran las maniobras necesarias para emprender un asedio formal. La estrategia que planteó el conde de Peterborough consistía en combatir la muralla de poniente, entre el portal de Sant Antoni y la Torre de Sant Pau. La gran capacidad de artillería de las potencias de la Haya, junto con la inacción de la Corte borbónica, provocaron que con pocas jornadas se incrementara el número de cañones. En consecuencia, la dimensión de la brecha fue aumentando día tras día. Mientras se producía la lluvia de proyectiles sobre la ciudad, también se inició la apertura de trincheras en el mismo sector bombardeado. De esta manera, cuando el conde de Peterborough lo creyera conveniente, podría ordenar el asalto de la infantería.

Desde el mar, la flota cerraba la entrada al puerto y bombardeaba tanto el entramado urbano como las posiciones defensivas de Barcelona. La superioridad técnica y humana del ejército aliado era tan evidente que el virrey Velasco sólo podía realizar los preparativos de defensa en caso de que se produjera el asalto a la brecha.

El 3 de octubre se detuvo el fuego, dado que el conde de Peterborough pidió la capitulación de la plaza. Velasco, observando su inferioridad, además de la imposibilidad de recibir socorro por parte de Felipe V, aceptó iniciar las capitulaciones. El acuerdo definitivo se firmó el 9 de octubre de 1705. Barcelona, y en aquellas semanas buena parte de Cataluña, se hallaba bajo control austracista.

El 14 de octubre de 1705, dos días después de haberse rendido la ciudad de Barcelona al ejército aliado, salió la guarnición. Por la mañana se había producido un gran alboroto en la ciudad, porque había corrido el rumor de que se iba a ejecutar los partidarios de Carlos III que se encontraban por esta causa en la cárcel, cuando se había

pactado que serían puestos en libertad. Varios grupos de ciudadanos se enfrentaron a la guarnición y liberaron a los prisioneros. El mismo conde de Peterborough tuvo que desplazarse a la ciudad para poner a salvo al virrey Velasco, ya que se temía por su vida. Rendida la guarnición, ocupada la muralla y las puertas de la ciudad, la calma volvió a la ciudad. Ese día salió la guarnición, formada por 4.000 infantes y 500 caballos, y el día 15, de madrugada, lo hizo el virrey Velasco, que se embarcó hacia Andalucía, desde donde pasó a Madrid. El día 21 se fueron los generales que habían defendido la ciudad; ministros de diferentes tribunales, algunas familias catalanas y diversas personalidades partidarias de Felipe V, así como también se ausentaron los inquisidores y todos los obispos, a excepción del arzobispo de Tarragona y obispo de Solsona.

La expedición aliada que llegó a Barcelona a finales de agosto de 1705 estaba formada por unas ciento cincuenta naves, muchas de las cuales eran embarcaciones de guerra (Men-of-war). Algunos de estos barcos tenían capacidad suficiente para cargar noventa cañones, por lo que la flota anglo-holandesa fue la armada más temible durante toda la guerra de Sucesión. Su capacidad numérica y bélica sólo podía ser contenida por Francia, pero una vez se produjo la batalla naval de Málaga (24 de agosto de 1704), el control aliado en el Mediterráneo fue incontestable. En estas flotas impresionantes también había embarcaciones que servían para el transporte, ya fuera de provisiones de boca y guerra, como de soldados. La flota aliada que llegó a Cataluña trasladaba alrededor de diez mil hombres, eran regimientos de infantería, caballería y marina.

Cuando se produjo el asalto aliado al castillo de Montjuïc el 14 de septiembre de 1705, el principal promotor del operativo, Jorge de Hesse-Darmstadt, murió a causa del fuego cruzado entre ambos bandos. Su pérdida fue un golpe muy duro en términos militares, dado que él era el personaje clave para amalgamar el austracismo y las potencias aliadas en territorio hispánico. La muerte del landgrave de Hessen comportó que el sitio de Barcelona de 1705 fuera liderado por Charles Mordaunt, tercer conde de Peterborough. Justo después de firmar las capitulaciones, Barcelona vivió una jornada de disturbios contra las autoridades borbónicas salientes (14 de octubre). El conde de Peterborough fue fundamental para garantizar la seguridad del virrey Velasco

y de su séquito, proporcionándoles resguardo en su cuartel y, posteriormente, acomodándose en las embarcaciones aliadas con las que huyeron en Andalucía.

Durante la guerra de Sucesión, el conde de Peterborough fue el comandante supremo del ejército aliado desplegado al este de la Península. Su dirección tan sólo duró dos campañas ya que en marzo de 1707, debido a los actos bélicos ocurridos -donde Barcelona sufrió un ataque borbónico muy potente sostenido con una guarnición aliada muy débil-, fue reclamado por el Parlamento inglés. En Londres tuvo que dar explicaciones sobre su conducta, por lo que se le declaró incompetente, así como fue acusado de haber excedido su autoridad.

Los acontecimientos ocurridos durante el asedio aliado de 1705 favorecieron al pretendiente austríaco, el archiduque Carlos, que a partir del 7 de noviembre entró de manera triunfal en Barcelona en medio de una aclamación popular. El soberano vivió en la villa de Sarriá, en la Torre de Lledó, desde donde ordenó sus primeras disposiciones y recibió a las autoridades del Principado. El día 20 de octubre fueron a cumplimentar al monarca en ceremonia oficial, primero, los consejeros de la ciudad, vestidos con las ropas consulares que les distinguían. Después, los diputados de la Generalitat en representación de todo el Principado y, a continuación, el presidente del brazo militar, acompañado por noventa y ocho caballeros. Correspondió al gobierno de la ciudad, ocuparse de preparar el Palau Reial (Palacio Real) para alojar al monarca. El día 23, Carlos III entró en la ciudad de incognito por el Portal del Mar, pero volvió a Sarriá. A partir del 5 de noviembre, Barcelona se convertiría en la corte del soberano hasta su marcha en setiembre de 1711.

El 7 de noviembre de 1705, el archiduque Carlos de Austria hizo su entrada oficial en la ciudad de Barcelona. La capital de Catalunya se convertiría desde aquel momento en la capital y la corte de Carlos III. A las dos de la tarde salió del Palau Reial con toda la corte. La comitiva fue hasta Sants, fuera del recinto amurallado, donde empezó el ceremonial. El rey entró por la puerta de Sant Antoni, acompañado de los diputados y consejeros de la ciudad. A las salvas de los barcos; el repicar de las campanas y la música que iba con la comitiva, se sumaban los “vivas” al

rey del pueblo. Las calles de Barcelona se engalanaron con los mejores tapices, mientras desde las ventanas se lanzaban flores y perfumes. Cuando el rey pasó por delante de la actual Plaça del Padró, donde se erigía la pirámide a Santa Eulàlia, patrona de la ciudad, se dejaron en libertad una gran cantidad de pájaros, innovación que gustó al monarca. Después de jurar los privilegios de la ciudad en la plaza del convento de Sant Francesc, marchó hacia la catedral, donde juró la defensa y los privilegios e inmunidades de la Iglesia. Después la comitiva real se fue por la calle de Montcada hasta el palacio real. A las ocho de la noche empezaron las luminarias, los fuegos artificiales y la música delante de la casa de la Generalitat. Se encendieron farolas en todas las torres de los campanarios, en el castillo de Montjuïc, en las iglesias de los pueblos y en las del llano de Barcelona. Las fiestas duraron tres días y toda la nobleza del país se dio cita en el Palau Reial.

El nuevo monarca, coronado como Carlos III, siguió el recorrido de las grandes solemnidades: entrando por el portal de Sant Antonio, tomando la calle Hospital hasta el llano de la Boquería, siguiendo la Rambla hasta las Drassanes y, finalmente, dirigiéndose al convento de Sant Francesc para comprometerse a respetar las leyes y los privilegios del Principado. El acto oficial del juramento de las Constituciones de Catalunya se celebró el 28 de noviembre de 1705.

Una vez Carlos III hizo el juramento, al cabo de una semana se convocaron las Cortes. Con este nuevo proceso legislativo, inaugurado el 5 de diciembre en el Palau de la Diputació del General, se derogaron los pactos que se habían establecido con Felipe V. En líneas generales, el resultado del proceso fue satisfactorio para las instituciones catalanas, donde se reafirmaron buena parte de las medidas económicas pactadas con el Borbón, como era el comercio con América. En el terreno político el acuerdo también fue favorable, puesto que Carlos III se comprometió a reincorporar los condados del Roselló y la Cerdaña. Lo más trascendente, sin embargo, fue pactar la regulación de los alojamientos militares y el retorno del nombramiento de cargos de las instituciones catalanas (insaculaciones), aunque el monarca Habsburgo se atribuyó un derecho de reserva.

12. El asedio borbónico de Barcelona de 1706

Dada la pérdida de Barcelona y la entronización de Carlos III, varios sectores de la Corte borbónica reclamaron un ataque fulminante para cortar de raíz el levantamiento austracista de Catalunya. Así pues, sólo cinco meses después de que el archiduque Carlos hubiera sido coronado, una doble incursión franco-española llegó frente a Barcelona. Desde Madrid, siguiendo el camino real, un destacamento liderado por el propio Felipe V había entrado en el Principado por Torres de Segre. Desde el Roselló, las tropas francesas que se habían concentrado bajo las órdenes del duque de Noailles y del mariscal de Tessé también se encaminaron hacia la capital. Ambos contingentes llegaron a Barcelona el 3 de abril, conformando un gran ejército de 28.000 efectivos.

La operación que se había organizado por vía terrestre también contaba con el apoyo marítimo de la armada francesa. El 28 de marzo zarpaba de Tolón la flota del conde de Toulouse. En total, se contabilizaban entre veinte y treinta barcos de línea, otras fragatas menores y una cantidad elevada de embarcaciones de transporte. Barcelona quedó bloqueada tanto por tierra como por mar.

En las operaciones de asedio que se produjeron en Europa durante los siglos XVII y XVIII para intentar reducir una plaza militar como Barcelona, completamente amurallada y con baluartes que protegían los lienzos, era fundamental atacar con fuego de artillería. Por este motivo, los ejércitos europeos de estos siglos se llenaron de ingenieros preocupados por aplicar el conocimiento matemático y geométrico, haciendo gala de la progresiva racionalización que vivía el continente.

El primer paso para cualquier ejército atacante era preparar baterías conformadas por cañones y morteros, tal como hicieron los ingenieros borbónicos en el asedio de Barcelona de 1706. Algunas de estas plataformas de fuego eran muy potentes ya que podían llegar a contar con más de treinta piezas. La artillera tenía el objetivo de abrir una brecha en la muralla suficientemente grande como para posibilitar un asalto. De esta manera, el fuego de los cañones se concentraba en un punto concreto del paño de la

muralla, para dañarla y conseguir abrir un boquete. En el asedio de 1706, la brecha abierta cerca del baluarte de Sant Antoni, ya empezaba a ser importante a primeros de mayo, según diversas fuentes.

Para contrarrestar las maniobras, en el interior de las plazas, tal como ocurrió en Barcelona en el asedio de 1705 y 1706, se intentaba preparar una cortadura. La cortadura era la principal estrategia defensiva cuando las ciudades sitiadas tenían abierta una brecha. El operativo consistía en preparar una línea defensiva intramuros que rodeaba la brecha por donde penetraría la infantería atacante. De esta manera, los defensores podían abrir fuego y tener protegida su posición.

La determinación del asedio borbónico era tan fuerte que la tarde del 3 de abril de 1706 un destacamento se apoderó del convento de los capuchinos de Santa Madrona, situado a los pies de Montjuïc. Mientras tanto, Felipe V establecía su residencia en Sarriá y el ejército acampaba en el llano barcelonés, desde oriente a occidente (Besòs, Sant Andreu del Palomar, Sant Martí, Gràcia, Sants y Llobregat). La operación se había diseñado para atacar la Ciudad Condal con severidad, gracias a un ejército numeroso y con mucha capacidad de artillería. Como máximo, el asedio debía de durar dos meses, fruto de la planificación ejecutada por la Corte borbónica en términos de avituallamiento. Por otra parte, los franco-españoles sabían perfectamente que desde Londres se dirigían refuerzos hacia Barcelona y querían evitarlo intentando recuperar la plaza antes de que fuera demasiado tarde.

Los primeros movimientos del ejército borbónico consistieron exclusivamente en preparar las acciones para el posterior bombardeo. Primero de todo fortificaron Santa Madrona, mientras que grupos de mil trabajadores habilitaban los caminos para transportar el tren de artillería hacia el castillo de Montjuïc. La caballería y la infantería trabajaban para acumular fajas (Cfr. nº 183) y la flota francesa descargaba pertrechos varios en la torre del río Llobregat. Paralelamente, también con grupos de mil trabajadores y seis batallones de infantería, se empezó a cavar una trinchera bajo la supervisión de una brigada de ingenieros. Estas excavaciones se iniciaron siempre desde Santa

Madrona, en dirección a la fortaleza de la montaña. Tal como había pasado durante el asedio aliado de 1705, el castillo de Montjuïc fue el primer objetivo del ejército atacante.

En la primera quincena de abril, las refriegas entre ambos bandos fueron constantes, desarrollándose en el entorno del castillo de Montjuïc. El día 15, un embate felipista muy potente consiguió hacerse con el control de un sector exterior de la fortaleza. Aun así, el ataque definitivo se produjo el día 21, dado que mediante un asalto simultáneo por tres bandas (trinchera, brecha del baluarte de Sant Felip y fortificaciones exteriores), la guarnición austracista se vio forzada a abandonar el castillo.

Al día siguiente, la noticia agitó Barcelona, dado que todo el mundo conocía la importancia estratégica de la montaña y las consecuencias que podían suceder si los borbónicos la controlaban. De este modo, las campanas de la ciudad tocaron a rebato. El clima intenso, de conmoción colectiva, se evidenció al enarbolar los pendones de Sant Jordi y Santa Eulàlia. Posteriormente, el tumulto pidió licencia a Carlos III para subir a combatir a Montjuïc. El monarca Habsburgo lo concedió y nombró como jefe al vigatán Jaume Puig de Perafita. Siguiendo las banderas, alrededor de diez mil paisanos, junto con seis batallones de infantería, atacaron a los militares borbónicos establecidos en la trinchera de la montaña. El ruido de las campanas de Barcelona había alertado el campo felipista, que movilizó un refuerzo de cuatro mil infantes. Después de toda la jornada combatiendo, los barceloneses se retiraron hacia la ciudad sufriendo más de cuatrocientas bajas.

Una vez las tropas borbónicas controlaron todo Montjuïc, se inician los preparativos para abrir la brecha en el lienzo de la muralla. La estrategia seguida fue la misma que habían empleado los aliados justo medio año antes: controlar primero la fortaleza y la montaña para, posteriormente, bombardear el sector de poniente.

Desde el primer momento en que las armas franco-españolas transitaban por el interior del Principado, la noticia del asedio sobre Barcelona se esparcía por todo el territorio. Carlos III y la corte austracista envió correos a las localidades catalanas para pedir asistencia de hombres y

pertrechos de guerra. A lo largo del mes de abril, muchos consejos locales comenzaron a movilizar partidas de somatenes, que poco a poco, tomaron posiciones en Collserola y los pasos que comunicaban el llano barcelonés. La suma de esfuerzos aglutinó un contingente de paisanos armados nada despreciable. Algunas fuentes hablan de entre diez mil y quince mil hombres movilizados.

Los miqueletes y los somatenes llegados de todas partes situaron su campamento desde Sant Cugat hasta el camino que comunicaba con el monasterio de Sant Jeroni (Collserola). En un primer momento, el conde de Cifuentes encabezó la movilización popular, pero, a finales de abril, fruto de un retorno fugaz desde el reino de Valencia, el conde de Peterborough lideró el contingente junto con algunos efectivos de infantería reglada.

El tipo de acciones practicadas por estos combatientes tienen el objetivo de fustigar el despliegue borbónico, para tratar de incomodar el operativo de asedio y retrasar el asalto final. Desde Collserola, las partidas sorprendían los campamentos de Gràcia, Sant Andreu, Sant Martí, etc., robando caballos, acémilas y munición, matando a los soldados enemigos, o haciendo prisioneros para llevarlos a Barcelona. Aunque esta estrategia no permitía derrotar al ejército borbónico, la presión constante a la que se veía sometido obligaba a desviar tropas para mantener la guardia.

A partir del 25 de abril de 1706, el ejército de Felipe V, que ya dominaba toda la montaña de Montjuïc, inició los preparativos para asaltar Barcelona con infantería. Se atacó el mismo sector de poniente que había sido acosado durante septiembre y octubre de 1705, aunque en esta ocasión, el lienzo de la muralla bombardeado fue mayor, afectando desde el Portal de Sant Antoni hasta la línea de comunicación con el castillo de Montjuïc. En paralelo, los ingenieros diseñaban la excavación de las trincheras, así como reforzaban las baterías para evitar que el ejército aliado se fortificara sobre la muralla.

Desde el interior de Barcelona, la situación se vislumbra cada vez peor. Carlos III cambió de residencia y se instaló en el monasterio de Sant Pere de les Puel·les, ya que estaba situado en la parte más alejada de los bombardeos. Durante las últimas jornadas de abril y las primeras de

mayo, las presiones para que el monarca Habsburgo abandonara la ciudad fueron constantes. El más que probable asalto borbónico podía comportar que Carlos III fuera capturado.

La Generalitat, dada la falta de avituallamientos que comienza a vivir la ciudad, así como la dimensión que adquiriría la brecha, pedía con urgencia al conde de Peterborough alguna acción exterior que pudiera demorar el asalto. La situación había llegado al punto en que en cualquier momento se podía producir la capitulación de Barcelona.

En la jornada del 4 de mayo, sin embargo, los acontecimientos dieron un vuelco. Barcelona recibió noticias sobre el avistamiento de una flota aliada en aguas tarraconenses. La confirmación de la posible llegada de socorro se produjo cuando el conde de Toulouse levantó el bloqueo marítimo para retirarse a Tolón.

En el interior de la capital catalana, Carlos III disponía de unas fuerzas muy reducidas, ya que buena parte del ejército se había desplegado por diversas zonas de la Corona de Aragón. Contabilizando la coronela de Barcelona (4.500 combatientes), en total, los efectivos austracistas rondaban los 6.000 infantes y 600 caballos. Durante el transcurso del asedio, sin embargo, las fuerzas aliadas fueron introduciendo algunos refuerzos por vía marítima. Eran soldados que, con barcasas, llegaban a Barcelona desde los puertos del Maresme.

El levantamiento del asedio borbónico de 1706 y la consecuente fuga de las tropas hacia el Roselló, fue muy caótica; un descontrol que queda perfectamente ilustrado con la enorme cantidad de pertrechos y soldados que fueron abandonados en el campo de Barcelona. La precipitación de la fuga comportó que las Dos Coronas dejaran los militares heridos y enfermos establecidos en los hospitales de campaña del convento de Gràcia y de las casas diseminadas de Sarrià. Aunque es difícil determinar el número de convalecientes, la cifra hubiera podido llegar hasta los dos mil. Del mismo modo, muchos pertrechos de guerra fueron abandonados: ciento seis cañones de bronce, más de cinco mil barriles de pólvora, quinientos barriles de balas de fusil y mosquetón con una gran cantidad de plomo, más de dos

mil bombas, mil granadas reales e innumerables granadas de mano, ocho mil picos, palas y azadas, más de cuatro mil balas de artillería, dieciséis mil sacos de harina, gran cantidad de trigo y avena, más de diez mil pares de zapatos, muchos hornos de hierro, la botica provista de medicinas y equipajes, y un largo etcétera que se iba descubriendo a medida que pasaban las jornadas. El azar quiso que justo en la retirada de Felipe V hacia el Roselló, Europa viviera un eclipse de sol total. Las alegorías en torno a la guerra, el sitio de Barcelona y la victoria carolina recorrieron el continente, tal como puede verse en las láminas 111, 115, 116, 118, 121, 130, 133 y 137.

Desde la óptica borbónica, la valoración del sitio fue un auténtico fracaso, convirtiéndose en una de las acciones más perjudiciales del frente peninsular. Solamente la desorganización y la improvisación del ejército aliado evitaron que, para Felipe V, las consecuencias hubieran sido peores.

El 8 de mayo de 1706, cuando ya hacía cinco semanas que Barcelona estaba siendo sitiada por el ejército borbónico, una flota aliada proveniente de Gibraltar consiguió llegar a la capital catalana. En total, la flota anglo-holandesa liderada por el almirante Leake contaba con ochenta velas y transportaba seis mil hombres de refresco, además de provisiones de boca y guerra. Desde la óptica austracista, la llegada de los refuerzos fue providencial porque el asedio borbónico estaba muy avanzado y la brecha que se había abierto en la muralla estaba casi lista para ser asaltada. Tanto era así que la Corona de Habsburgo, divisando la previsible caída de Barcelona, estaba realizando los preparativos necesarios para continuar la lucha en Tarragona.

Desde el punto de vista borbónico, en cambio, el apoyo aliado hizo replantear el operativo bélico y en un consejo de guerra presidido por el propio Felipe V se decidió levantar el asedio y emprender el camino hacia el Roselló (11 de mayo de 1706). La marcha hasta Perpignan fue muy traumática, dado que las tropas felipistas incendiaron algunas localidades catalanas, a la vez que fuerzas auxiliares del ejército austracista fustigaron su retaguardia.

El 12 de mayo de 1706 se puso fin al asedio de Barcelona por parte del ejército de Felipe V. La ciudad había resistido a lo largo de dos interminables meses y se encontraba a punto de caer. Cuando todo parecía perdido, apareció la

flota anglo-holandesa en el puerto de Barcelona el 8 de mayo. Ante el nuevo giro que tomaba la campaña militar, el alto mando borbónico decidió retirarse. Aquel triunfo y la marcha del ejército felipista hacia el Roselló hicieron concebir esperanzas a los austracistas de dominar todos los territorios de la corona. Así lo explicaba el príncipe Antonio de Liechtenstein, consejero de Carlos III, al conde de Goez ese mismo 12 de mayo: «Por el movimiento del enemigo, éste parece que marcha hacia el Roselló, lo que da a España por perdida y que no le resta ninguna esperanza de sostener más tiempo a España (...) la duquesa de Anjou se ha retirado hacia Pamplona, encontrándose toda España en gran confusión ». Aquel triunfo permitió a Carlos III anexionarse otros territorios de la Corona de Aragón y llegar hasta Madrid. Sin embargo, Felipe V con la ayuda de Luis XIV reorganizó sus ejércitos y volvió a España.

13. Boda real en Barcelona (1708)

Elisabet Cristina de Brunsvic-Wolfenbüttel nació el año 1691 y era la primera hija del duque de Brunsvic-Lüneburg. Cuando la princesa Elisabet Cristina fue aceptada como mujer de Carlos III se dirigió hacia Viena para conocer la corte del emperador José I, hermano de su futuro esposo. El 18 de agosto de 1707 se hizo el anuncio de la boda en Barcelona y solo el desenlace de la batalla de Almansa demoró la llegada de la pretendiente.

En Abril de 1708, Elisabet Cristina de Brunsvic abandonaba la capital imperial para dirigirse a la costa genovesa. En Vado Ligure, la flota del almirante Leake, de casi ciento cincuenta embarcaciones, la esperaba para trasladarla a Barcelona. La expedición se hizo a la mar el 14 de julio, y después de algunas complicaciones, divisó el litoral catalán a finales de mes.

Elisabet de Brunsvic desembarcó en Mataró para reponerse del traslado. El rey Carlos III, queriendo alejar la princesa del batiburrillo barcelonés, consideraba que la tranquilidad de esta ciudad, el clima y el paisaje eran ideales para su restablecimiento. Carlos III se dirigió a Mataró el 28 de julio para saludarla en persona.

La entrada de la joven pretendiente a la capital catalana se produjo el último día del mes, en medio de un clima muy

festivo. Barcelona se engalanó para la ocasión y cuando la princesa entró, el gozo popular fue máximo, los miembros de la Corte y los representantes de las instituciones catalanas lucían sus mejores galas, el castillo de Montjuic realizaba salvas con artillería y todas las campanas repicaban al unísono. Finalmente, ambos monarcas contrajeron matrimonio el 1 de agosto de 1708 en la basílica gótica de Santa María del Mar. Desde entonces, la iglesia se convirtió en la capilla real. El compositor napolitano Antonio Caldara estrenó en honor de la reina la ópera *Il più bel nome*, una de las primeras óperas representadas en la península ibérica.

14. El archiduque Carlos abandona Barcelona (1711)

El 17 de abril de 1711 la guerra de Sucesión dio un giro decisivo. El vuelco no provino de ninguna acción militar meritoria, sino por la muerte del emperador romanogermánico José I. El monarca del Sacro Imperio era el hermano mayor de Carlos III. Como José I no había dejado ningún descendiente masculino, el pretendiente al trono español se perfiló como nuevo emperador, por tanto, Carlos III podría reunir las herencias hispánicas e imperiales. Desde este punto de vista, la sombra del nuevo Carlos III de España y VI de Alemania era una amenaza para el equilibrio europeo igual, o superior, a la que representaba la alianza borbónica franco-española.

Aparte de estos acontecimientos ocurridos en la Corte de Viena, Londres también vivió un cambio político relevante, por cuanto la mayoría *tory* se impuso en el Parlamento inglés. El partido conservador creía oportuno acabar de una vez por todas con la guerra que estaba agotando las arcas británicas. Así pues, la muerte del emperador José I favoreció a que los *tories* iniciaran las conversaciones de paz. Bajo este argumento, los contactos entre Inglaterra y Francia se ejecutaron de manera secreta.

En el Principado, mientras tanto, todos estos acontecimientos se vivieron con mucha desazón, ya que afectaban directamente al rey por el que los catalanes luchaban. Desde el momento en que se conoció la noticia de la muerte de José I, Barcelona temía que Carlos III tuviera que abandonar el territorio en cualquier momento. Al

final, la fecha fijada para su salida fue 27 de septiembre de 1711. El monarca Habsburgo embarcó en el puerto barcelonés en medio de un ambiente de incertidumbre y consternación.

Cuando Carlos III abandonó Barcelona, como muestra de su compromiso con el territorio y con el trono hispánico, creyó oportuno que la reina Isabel de Brunswick quedara en Cataluña como regente. El mariscal Starhemberg recomendó esta medida al monarca porque consideraba, con buen criterio, que la sociedad y las instituciones catalanas estarían menos alteradas y continuarían apoyando la Casa de Austria.

Desde el puerto de Barcelona, Carlos III navegó hasta el Marquesado del Final -actualmente en Liguria- para proseguir por vía terrestre hacia Frankfurt. El 22 de diciembre de 1711, frente a los otros príncipes alemanes y justo en la jornada en que las fuerzas austracistas rompían el asedio de Cardona, el monarca se convirtió en emperador del Sacro Imperio Romanogermánico, coronado como Carlos VI.

Durante la etapa final de la guerra (1711-1714), el nuevo emperador aun mostró su anhelo por recuperar el trono español, incluso después de haberse acordado la paz internacional de Utrecht. Aun así, durante la resistencia catalana de 1713-1714, Carlos VI tuvo una actitud ambigua y no dudó en firmar los acuerdos para retirar las tropas imperiales del Principado.

Carlos VI renunció a sus aspiraciones hispánicas a partir del Tratado de Viena de 1725. Sólo entonces, el emperador reconoció a Felipe V de manera oficial. Con el tratado, también se estableció una amnistía para los exiliados austracistas que habían abandonado Cataluña y las islas Baleares tras las derrotas de 1714-15.

15. La paz de Utrecht de 1713

El Tratado de Utrecht (11 de abril de 1713), básicamente, pacificó las dos grandes potencias enfrentadas en la guerra de Sucesión: Francia y Gran Bretaña. De este modo, el efecto de la paz entre las dos monarquías fue desencadenando los acuerdos entre los otros países involucrados en el conflicto.

Gracias al tratado, Gran Bretaña inició un proceso de expansión que la conduciría a la hegemonía internacional de los decenios posteriores. La monarquía británica consiguió el control de algunos enclaves americanos y aseguró la presencia en el Mediterráneo occidental (Menorca y Gibraltar). Francia, por su parte, consolidó sus fronteras continentales y logró que Felipe V se mantuviera en el trono hispánico.

En cuanto a Felipe V, además de mantener la Monarquía, continuó controlando las colonias de ultramar. Ahora bien, a nivel europeo, las posesiones italianas y los prósperos territorios flamencos fueron entregados a otras potencias (Saboya y Austria), confirmando la dinámica decadente que la Monarquía Hispánica arrastraba desde la paz de los Pirineos (1659). Las Provincias Unidas de los Países Bajos aseguraron las posesiones de la Barrera, una línea de fortificaciones que garantizaba la integridad de su territorio en caso de que Francia promoviera una nueva incursión. El reino de Portugal amplió ligeramente los dominios americanos, asegurando la colonia de Sacramento y obteniendo parte de la Guayana francesa. El duque de Saboya recuperó localidades que habían sido ocupadas por Francia, ganó Sicilia y obtuvo los derechos hereditarios de la Monarquía en caso de que se extinguiera la línea borbónica que iniciaba Felipe V.

Hay que subrayar que los acuerdos de Utrecht pusieron fin a la guerra de Sucesión a nivel internacional. En Cataluña, Mallorca e Ibiza, sin embargo, la disputa continuó prolongándose ya que, con el nuevo *statu quo*, estos territorios no percibieron de manera satisfactoria como se había resuelto su encaje jurídico en la Monarquía de Felipe V.

16. Evacuación del ejército aliado de Catalunya el verano de 1713

La evacuación de las fuerzas aliadas de Catalunya se produjo de manera progresiva, desde el otoño de 1712 hasta el verano de 1713, cuando el Principado quedó aislado ante las armas de las Dos Coronas.

El origen de la evacuación se inició en 1711, cuando, de manera secreta, se produjeron unas primeras reuniones para

negociar la paz entre Francia y Gran Bretaña. En 1712, las conferencias ya se inauguraron oficialmente en Utrecht. Una de las acciones derivadas de este encuentro fue la tregua acordada en agosto del mismo 1712, por la que Francia y Gran Bretaña aceptaban un armisticio de cuatro meses. Este hecho provocó que, en plena campaña, los regimientos ingleses situados en Cervera fueran retirados hacia la costa catalana para embarcarse. Durante los meses de octubre y noviembre de 1712, el ejército británico, que era fundamental para el éxito de Carlos III, abandonó Cataluña.

Las negociaciones de paz continuaron prosperando y a medida que pasaban las semanas iban trabándose más acuerdos. Uno de ellos, un armisticio pactado entre Portugal y las Dos Coronas, algo que hizo marchar los regimientos lusos desplegados en Cataluña a primeros de 1713. Durante este proceso de evacuación, por las calles de Barcelona se podían oír las siguientes estrofas: *jinglases han faltado, portugueses han firmado, holandeses firmarán y al final nos colgarán!*.

Después de Utrecht, las fuerzas restantes en el Principado prosiguieron con la salida. Los últimos efectivos embarcados fueron los de origen imperial. La última escena no podía ser más significativa, dado que en la jornada en que Starhemberg abandonaba Barcelona, el 9 de julio de 1713, la Diputación del General anunciaba la decisión adoptada por los estamentos de Cataluña: declarar la guerra a ultranza contra Felipe V y Luis XIV.

17. Asedio de Barcelona 1713-1714

Una vez se firmó el Tratado de Utrecht entre Francia y las potencias que apoyaban la Alianza de la Haya, los países que todavía tenían tropas desplegadas en el Principado las retiraron. Acto seguido, Austria y Francia acordaron un armisticio, motivo por el cual los regimientos imperiales también abandonaron el frente de guerra. Cataluña se quedaba a su suerte. Durante las negociaciones de paz internacional, un aspecto fundamental para el Principado, como era la preservación de las Constituciones catalanas, no había quedado resuelto de manera satisfactoria. Por esta razón, la Junta General de Brazos, a modo de urgencia, se reunió para deliberar la continuidad del conflicto.

Las sesiones se inauguraron el 30 de junio de 1713 en el Palau de la Diputació del General. Al encuentro acudieron representantes de los tres estamentos de la sociedad catalana, con una presencia muy elevada del Brazo Militar y del Real. Los debates fueron muy intensos y tanto se argumentaba la rendición como la defensa. Finalmente, en la jornada del 6 de julio, la Junta General de Brazos resolvió su posición: proclamar la guerra a ultranza contra Felipe V y Luis XIV.

Mientras se producían estos hechos tan importantes, el ejército borbónico liderado por el duque de Populi tomaba posiciones en las principales plazas del Principado. El giro que habían hecho los acontecimientos, fruto de la decisión tomada por los Brazos catalanes, provocó que las tropas de Felipe V pusieran cerco sobre Barcelona, al tiempo que las fortalezas de Cardona y Castell-ciutat también optaron por resistir. Desde la retaguardia marítima, las islas de Mallorca e Ibiza continuaron apoyando a la capital catalana, siendo fundamentales para garantizar la provisión de víveres.

18. Un largo asedio de catorce meses (junio 1713 – setiembre 1714)

El ejército borbónico del duque de Populi rompió el cordón del sitio sobre la capital catalana el 25 de julio de 1713. La manera en que las tropas borbónicas dispusieron su campamento fue igual a la circunvalación ejecutada durante el asedio de 1706. Los efectivos hispánicos se situaron desde la villa de Gràcia hacia poniente, en dirección a Sants y el Llobregat, donde desembarcaban los pertrechos necesarios; y las tropas francesas lo hicieron desde el Mas Guinardó hacia levante, en dirección a las casas del Clot, Sant Martí, Sant Andreu del Palomar y el Besòs.

Las primeras baterías establecidas se dispusieron en el mismo cordón del sitio, de modo que las bombas casi no afectaban a la ciudad. En estos primeros meses, sobre todo, las posiciones más deterioradas por los ataques de artillería borbónica fueron las avanzadas que habían preparado los resistentes de Barcelona (como la Creu de Sant Francesc o el convent dels Caputxins de Montcalvari).

Con la primavera de 1714, la artillería franco-española ganó terreno, puesto que los ingenieros borbónicos emplazaron nuevas baterías de morteros entre las casas del Clot y el Mas Guinardó. Los explosivos lanzados desde esta posición llegaron a intramuros, afectando a los cuarteles de Sant Pere y del Mar. Desde Barcelona, Antonio de Villarroel organizó algunas salidas para fustigar las nuevas baterías, pero los franco-españoles lograron reforzarlas progresivamente.

El despliegue felipista por el llano barcelonés se acentuó gracias a la captura del convent dels Caputxins a finales de mayo de 1714. Con esta posición, los resistentes habían logrado contener el avance borbónico, pero con el control del convento, las baterías felipistas conformadas por morteros se situaron más cerca de la ciudad.

A la hora de hablar de los bombardeos sufridos por la ciudad de Barcelona durante el asedio de 1713-1714, hay que situar un punto de inflexión cuando las fuerzas borbónicas del duque de Populi lograron dominar el convent dels Caputxins, emplazado en la colina de Montcalvari (17-22 de mayo de 1714). Desde este lugar, la resistencia barcelonesa había conseguido retrasar el despliegue felipista que intentaba acercarse a la muralla.

Debido a la proximidad entre la ciudad y los Caputxins, perder el convento significaba que los bombardeos tendrían un efecto más severo sobre la población. Durante la última semana de mayo y todo el mes de junio de 1714, el duque de Populi apuntó hacia el entramado urbano con la sola intención de castigar a la población civil. El comandante supremo de Felipe V, en lugar de abrir una brecha en los muros para posibilitar el asalto, se dedicó a propagar el terror con una lluvia de bombas incesante. Algunos cronistas anotaron que, tan sólo un mes después de que las fuerzas borbónicas dominaran el convent dels Caputxins, Barcelona recibió el impacto de más de once mil bombas.

19. La batalla final, julio-setiembre 1714. Los generales. El duque de Berwick

James FitzJames, primer duque de Berwick y desde 1707 duque de Liria y Jérica, nació en Francia en 1670 y era

hijo ilegítimo de Jaime II, candidato católico al trono inglés. Su madre era Arabella Churchill, hermana del duque de Marlborough. Aunque los orígenes del duque de Berwick eran anglosajones, la educación recibida y la protección del propio Luis XIV comportaron que siempre luchara del lado del reino de Francia.

La primera campaña en la que el duque de Berwick tuvo un papel destacado fue al lado de Felipe V. En 1704, el monarca borbónico lo designó comandante general del ejército franco-español que luchaba en la frontera de Portugal. Las siguientes campañas combatió en diversos escenarios: en el sur de Francia, para hacer frente a los protestantes y para apoderarse de la ciudad saboyana de Niza; en Castilla, para derrotar el ejército aliado en Almansa; luego viajó a Flandes, para apoyar el duque de Vendôme; y a partir de 1710 se convirtió en gobernador del Delfinado con el objetivo de fortalecer las comunicaciones de los Alpes.

Con el Tratado de Rastatt (7 de marzo de 1714), el monarca francés tuvo las manos libres para ayudar a su nieto Felipe V. El rey español estaba llevando a cabo el asedio de Barcelona que se prolongaba desde hacía seis meses. Luis XIV quiso acabar de una vez por todas con la resistencia catalana y envió al duque de Berwick, uno de los mejores generales de Francia, para encabezar el operativo.

El comandante anglo-francés llegó al campo de Barcelona en julio de 1714. Desde ese instante, el sitio sobre la capital catalana fue más severo, agudizando el bloqueo marítimo y terrestre. Asimismo, el duque de Berwick inició las operaciones necesarias para llevar a cabo un asedio formal, que tras dos intentos fracasados a mediados de agosto, logró concluir el 11 de septiembre de 1714.

20. Antonio de Villarroel

Antonio de Villarroel y Peláez (Barcelona, 1656 – la Coruña, 1726) fue el comandante en jefe del ejército catalán durante los últimos meses del asedio borbónico de Barcelona (1713 –1714). Continuando la tradición familiar –su padre era un militar español que fue destinado a la capital catalana–, Villarroel siguió la carrera de las armas. En 1695 tomó parte en el sitio de Ceuta, donde fue heri-

do. A partir de ese año tuvo continuados ascensos. Como general de artillería fue gobernador del castillo de Cardona y pronto alcanzó el grado de maestro de campo. Aquel que puede ser considerado como un héroe catalán en la Guerra de Sucesión, sirvió a Felipe V durante los primeros años de la contienda, lo que hizo que en 1708 alcanzara el grado de teniente general del ejército de Felipe V. No fue hasta después de las victorias austracistas de Almenar (27 de julio de 1710) y de Zaragoza que Villarroyel no se pasó al bando de Carlos III. Su indiscutible valía como militar le propició la confianza del archiduque que lo nombró comandante supremo de las fuerzas catalanas, cargo desde el que dirigió la defensa de Barcelona contra el poderoso ejército franco-castellano de Felipe V en el último episodio de la Guerra de Sucesión (1.713-1.714). A partir del análisis realista de la situación en que se encontraba la Barcelona asediada, y de acuerdo con un criterio puramente militar, el primero de septiembre de 1714 Villarroyel se manifestó favorable a la capitulación, actitud no compartida por las autoridades civiles catalanas. A pesar de que su dimisión (5 de septiembre) fue aceptada, aunque conservada en secreto, decidió quedarse en Barcelona y retomar el mando de la plaza. Con el objetivo de evitar el saqueo y la destrucción total de Barcelona, cuando ya todo estaba perdido, Villarroyel, que había sido herido, tomó, el 11 de septiembre de 1714, la decisión de capitular ante el duque de Berwick, jefe del ejército borbónico, que el día 12 entró en Barcelona. Incumpliendo lo que decía la capitulación, Villarroyel fue detenido y encarcelado el 22 de septiembre. Fue recluido en el castillo de Alicante y, en noviembre, en el castillo de San Antón, en A Coruña, donde permaneció hasta que la paz de Viena (7 de junio de 1725), que puso fin a la hostilidad entre Austria y España, significó que le otorgaran la amnistía y su liberación. Los años de prisión, en condiciones infrahumanas, fueron debilitando su salud. Villarroyel murió en la ciudad gallega el 22 de febrero de 1726. Su defensa de Barcelona le hizo merecedor del respeto y de la consideración de amplios sectores catalanistas en el siglo XIX y borraron su pasado borbónico y su actitud favorable a la capitulación en las últimas horas del último asedio importante de aquella guerra desafortunada para Cataluña.

21. El asalto del 12-14 de agosto de 1714

Después del Tratado de Rastatt (7 de marzo de 1714) por el cual Francia y Austria firmaron la paz de manera definitiva, la monarquía francesa quedó liberada para poder colaborar activamente en el bloqueo y sitio de Barcelona. Luis XIV consideraba que el afer internacional conocido como el “caso de los catalanes” hacía demasiados meses que duraba. De esta manera, el Rey Sol quiso dar un golpe definitivo a la ofensiva contra Barcelona e impuso a su nieto Felipe V que uno de sus mejores generales, el duque de Berwick, sustituyera al duque de Populi en la dirección del asedio.

A partir de la primavera de 1714, numerosos batallones y escuadrones galos fueron movilizados para encaminarse hacia la capital catalana. Este proceso llevó a que, contabilizando las tropas de Felipe V ya existentes en el Principado, la presencia total de efectivos franco-españoles rondara los noventa mil hombres. En términos generales, cuarenta mil combatientes cercaron y ejecutaron las maniobras sobre Barcelona, mientras que los otros cincuenta mil tomaban posiciones en Cataluña.

El proceso de ocupación militar se consolidó el 7 de julio de 1714, día en que el duque de Berwick llegó frente a la ciudad. Desde ese momento, el cerco se endureció en términos militares, ya que se iniciaron las operaciones para abrir trincheras hacia el lienzo de la muralla, así como se concentró el fuego de artillería en puntos concretos del entramado defensivo. Además, la flota francesa del Mediterráneo también hizo presencia en el puerto barcelonés, reforzando el bloqueo marítimo que hasta entonces se había mostrado irregular. Las embarcaciones provenientes de las islas Baleares que habían podido introducir provisiones a cuentagotas, durante estos meses vieron sus maniobras imposibilitadas. Para los barceloneses, el verano de 1714 fue el peor momento de todo el conflicto, donde se vivieron situaciones de extrema penuria.

Al llegar a Barcelona, el duque de Berwick comprobó sobre el terreno la circunvalación de las murallas de la capital con sus ingenieros, los tenientes generales Próspero de Verboom y Mr. Dupuy-Vauban. Tras analizar diversa

planimetría y escuchar las opiniones de la cúpula militar, finalmente optó por atacar el sector de levante, en especial, el lienzo de la muralla que se extendía desde el Portal Nou hasta el baluarte de Santa Clara.

Próspero de Verboom fue el ideólogo de esta estrategia ya que, entre 1710 y 1712, este ingeniero de origen flamenco al servicio de Luis XIV, había sido prisionero en Barcelona y había podido estudiar el entramado defensivo ciudad. El lienzo de la muralla por donde se abriría el gran boquete (Brecha Real), no tenía media luna para protegerse, además, contaba con un foso poco profundo.

Con el duque de Berwick llegaron a Barcelona diez batallones franceses, que se sumaron a los que ya se habían desplazado a finales de junio. Con las tropas del ejército español formaban un formidable ejército de casi de treinta y nueve mil hombres. La plana mayor del ejército francés que acompañó al duque estaba formada por los tenientes generales Dillon, Geofreville, Cilly, De la Croix y Guerchy; los mariscales de campo Maulevrier, Gavaret, de Bourg, de Broglie, Crevecoer, Rochchouart y Damas, y los brigadieres Courten, Sauneboeuf, Sanzay, Jousse, Balincourt, Espourch, Rubercy, Nonant, Roussy y Valliere. Los regimientos estaban formados por el de Normandía, Vieille-Marine, Anjou, La Reine, Orleans, La Couronne, La Marche, Île de France, Ponthieu, Courten y Castelart, entre otros.

El cuerpo de ingenieros franceses se encontraba bajo la dirección del teniente general Dupuy-Vauban, primo del gran ingeniero Vauban, asistido por los ingenieros C, Duverger, de Biancolelly, de Chelays i Thibergean. La artillería francesa sumaba más de ochenta cañones y treinta morteros, mientras que la flota francesa liderada por el almirante Ducasse bloqueaba el acceso marítimo a la ciudad. El despliegue del ejército de Felipe V por el campo de Barcelona no dejaba ninguna salida a una ciudad a la que no le llegaría ningún auxilio.

En cuanto a Catalunya, reforzó los destacamentos que recorrían todo el territorio y perseguían las partidas resistentes del marqués de Poal, además de definir un nuevo cómputo para las guarniciones. En Barcelona, ordenó un

reforzamiento del bloqueo marítimo, con un cordón de embarcaciones que cerraban tanto de día como de noche las aguas comprendidas entre la torre del río Llobregat y la desembocadura del río Besòs. De hecho, justo en estas jornadas de julio, los borbónicos interceptaron más de veinte embarcaciones de Mallorca que transportaban avituallamiento. Sólo algunas naves ligeras, menos cargadas, pudieron esquivar el bloqueo y acceder al puerto barcelonés.

Desde el momento en que los veinte mil efectivos felipistas iniciaron el bloqueo y sitio de Barcelona, los bombardeos sobre la ciudad y sus alrededores fueron una constante. En ocasiones, los proyectiles podían ser lanzados desde el mar, pero sobre todo, desde las baterías preparadas extramuros, con la intención de dañar el entramado urbano o de atacar las posiciones defensivas habilitadas en el llano barcelonés. El bombardeo minaba la moral de la población civil y llegó a dejar casi inutilizados algunos barrios de la capital, sobre todo el de Sant Pere y el antiguo cuartel del Mar, donde cientos de casas fueron derribadas. En términos generales, se contabiliza que Barcelona recibió el impacto de entre treinta mil y cuarenta mil proyectiles durante los más de trece meses que se prolongó el asedio.

Una de las primeras acciones que ejecutó el duque de Berwick una vez llegó a Barcelona fue la apertura de trincheras y paralelas. Por otra parte, era la actividad más lógica en términos de estrategia militar, dado que el duque de Populi se había dedicado a bombardear la ciudad a lo largo de muchas semanas sin hacer ningún intento de asaltar los muros. Así pues, el duque de Berwick aplicó los principios básicos de cualquier operación de asedio formal, donde todos los movimientos iban encaminados a seguir un único objetivo: abrir una brecha para asaltar la plaza.

El primer paso para desplegar este operativo, por lo tanto, era la excavación de una gran trinchera que corría paralela al lienzo de la muralla (conocida como *paralela*). Desde esta vía excavada se abrían los otros ramales perpendiculares a las murallas y en zigzag, para evitar que la plaza que estaba siendo asediada tuviera una buena opción de tiro. Si la distancia entre la primera paralela y el muro a asaltar era grande –hecho habitual, ya que daba más seguridad a los trabajadores–, entonces excavaban una o dos paralelas más. Tanto era así que la primera paralela abierta por el ejército

borbónico del duque de Berwick estaba situada a unos quinientos metros de las murallas de Barcelona.

Los trabajos de apertura se iniciaron el 12 de julio de 1714, en el sector barcelonés de levante. En términos generales, las obras se iniciaban cuando caía el día y la luz era muy escasa; primero, porque los excavadores pudieran hacerlo sin las inclemencias del calor, pero sobre todo, porque la oscuridad de la noche les protegía del fuego incesante que era disparado desde Barcelona.

El primer asalto a la muralla se produjo el día 12 de agosto de 1714, mediante una maniobra doble que pretendía tomar los baluartes del Portal Nou y de Santa Clara. Con la primera luz de esta jornada, las tropas del duque de Berwick hicieron estallar una mina en el sector del Portal Nou, por lo que la infantería felipista consiguió llegar hasta la plataforma del bastión. Los defensores, previendo esta posibilidad, habían preparado una segunda línea de defensa, para poder disparar a los asaltantes manteniendo la posición asegurada. Además, la artillería del vecino baluarte de Sant Pere ayudaba a fustigar los soldados borbónicos que iban subiendo por las ruinas del Portal Nou.

Mientras se producían los combates, el baluarte de Santa Clara también sufría el embate borbónico. Los granaderos franceses, que eran la infantería de élite, fueron los primeros en subir por la escombrera de Santa Clara, a pesar de sufrir el fuego directo de los resistentes. Tal como estaba pasando en el otro bastión, los asaltantes lograron coronar su plataforma, pero los barceloneses, bien parapetados, se defendían desde una línea de barricadas. El vizconde del Puerto encabezaba la incursión de las diez compañías de granaderos por la brecha abierta al baluarte. El boquete era bastante ancho y tenía poca altura, lo que favorecía a los franco-españoles. Una vez coronada la subida por la escombrera, en la plataforma de Santa Clara estaban resguardadas tres compañías de la coronela: la de los estudiantes de leyes, la de los sastres de los encantos y la de los espaderos. De nuevo, estas compañías cargaron de manera directa contra el enemigo, logrando expulsarlos.

Los combates cuerpo a cuerpo con bayoneta no eran demasiado habituales en este tipo de operaciones de asedio, donde se priorizaba la estrategia y se intentaba asegurar las posiciones de los soldados que asaltaban la plaza. En

Barcelona, la lucha a ultranza que habían declarado las autoridades provocó que se vivieran episodios de esta naturaleza, caracterizados por la impetuosidad y la crueldad. En el ataque del 12 de agosto, las fuerzas borbónicas sufrieron novecientas bajas.

Todos los asaltos producidos el día 12 de agosto fueron rechazados, ante la estupefacción del mando borbónico. El propio duque de Berwick había visto la derrota, ya que se encontraba en la segunda paralela de la trinchera observando todos los movimientos de su ejército. La derrota no hizo retroceder al comandante francés, que ideó una nueva ofensiva para asaltar la ciudad. Al día siguiente, mientras los resistentes intentaban fortificar toda la muralla de levante, los franco-españoles volvieron a lanzarse al ataque.

La maniobra planteada por el duque de Berwick se ejecutó a las diez de la noche del 13 de agosto. Aunque el ataque parecía priorizar el asalto de la Brecha Real, que era el boquete más grande que la artillería felipista había abierto, el objetivo consistía en tomar el baluarte de Santa Clara. La coronela detectó la acción y logró lanzar algunos contraataques en la plataforma del bastión, con el objetivo de impedir que los borbónicos la coronasen.

A pesar de los esfuerzos, los resistentes no lograron rechazar al enemigo, que se adentró hasta el centro del baluarte. Los combates se mantuvieron hasta las doce del mediodía del 14 de julio. En ese instante, el general Villarroel lanzó un ataque múltiple que había estado ideando lo largo de la mañana. La maniobra consistía en combinar descargas de artillería, fuego de fusilería desde la vecina Torre de San Juan, y una embestida general, cuerpo a cuerpo, contra las tropas borbónicas que aún ocupaban el baluarte. Además, uno de las claves del operativo consistió en fustigar el acceso por donde entrarían los refuerzos borbónicos de la trinchera y el foso, algo que se logró con éxito gracias a la destreza de los hombres que lideraban el capitán Ortiz y el teniente coronel Tomeu. De nuevo, la estupefacción del mando borbónico fue general al ver la derrota de los efectivos felipistas que habían conseguido hacerse fuertes durante horas en uno de los baluartes de Barcelona.

El bando borbónico también atacó el baluarte del Portal Nou. Hizo estallar la mina, provocando un acceso en uno de los lados del bastión. Quince compañías de granaderos

lideradas por el caballero Reves coronaron la plataforma del baluarte. El Portal Nou estaba guarnecido por dos compañías de la coronela, la de los sastres capitaneada por Magí Ninot, y la de Antoni Berardo, formada por los alfareros, ollereros, percheros y colchoneros. Los hombres de Ninot dispararon desde los parapetos que habían elaborado y contuvieron el asalto borbónico. Entonces, Villarroel mandó refuerzos y una vez reunidos un número importante detrás de la barricada, hicieron una salida en bloque para embestir cuerpo a cuerpo a los borbónicos que aún ocupaban un extremo del bastión. La lucha, a bayoneta calada, provocó la retirada de los asaltantes.

El 14 de agosto, el comandante Villarroel creyó oportuno que con la luz del día se podría iniciar una nueva ofensiva en Santa Clara, por eso preparó artillería en varios sectores de la ciudad que estaban en disposición de fustigar los borbónicos a boca de cañón (zona de la Ribera). Al mediodía, la estrategia se puso en práctica y, a pesar de que fue una de las acciones más cruentas de todo el asedio, los barceloneses consiguieron expulsar a los borbónicos.

En la fase final del asedio, una de las claves para entender la resistencia de Barcelona radica en su milicia urbana: la coronela. Este cuerpo cívico-militar estaba formado por cinco mil hombres que se organizaban según el gremio al que pertenecían (compañías de panaderos, tenderos, notarios públicos, estudiantes, zapateros y un largo etcétera). La conducta valerosa -y temeraria- de la coronela fue esencial para hacer frente a las embestidas del duque de Berwick. Los combates de Santa Clara fueron su mejor ejemplo.

En la lucha de los días 13 y 14 de agosto las pérdidas fueron muy elevadas, lo que demuestra la crueldad de los acontecimientos. Entre ambos bandos, las bajas sufridas (muertos y heridos) llegaron hasta los tres mil.

22. El 11 de setiembre de 1714

Con la llegada del duque de Berwick el verano de 1714, el cerco sobre la capital catalana adquirió un patrón de normalidad en términos militares, dado que se priorizó un asalto reglado y el comandante mitigó el castigo a la población civil abandonando el bombardeo aleatorio

sobre el casco urbano. Aunque el duque de Berwick asaltó la muralla de Barcelona en varias ocasiones, uno de sus objetivos antes de ejecutarlo -tal como ocurría en la Europa de la época- era pedir la capitulación de la plaza para evitar tanto las posibles pérdidas de efectivos militares como la violencia entre la población civil.

El 4 de septiembre de 1714, el caballero de Asfeld, en nombre del ejército borbónico, se acercó a la Brecha Real para pedir la capitulación de Barcelona. Desde los combates en el baluarte de Santa Clara a mediados del mes de agosto, el ejército felipista había perfeccionado la estrategia para asaltar la plaza con garantías y, antes de hacerlo, intentó una proposición para evitar la carnicería. En el interior de Barcelona, las autoridades de la ciudad (con presencia de los consejeros, de los diputados y de algunos miembros del Brazo Militar), resolvieron continuar con la lucha.

La resolución tomada no fue de agrado del comandante Villarroel, que era de la opinión de capitular dado el estado de Barcelona y la violencia que podría sobrevenir si las tropas borbónicas conseguían penetrar intramuros. Por esta razón, el comandante militar renunció a su cargo, acto que las autoridades le aceptaron.

La respuesta de Barcelona supuso que al cabo de una semana justa, el duque de Berwick lanzara el asalto definitivo sobre la capital catalana. A las cuatro y media de la madrugada, con la primera luz de la jornada del 11 de septiembre, alrededor de unos dieciocho mil soldados borbónicos embistieron todo el sector de la muralla de levante, desde el baluarte del Portal Nou hasta el reducto de Santa Eulàlia, cerca del mar. En el interior de la ciudad, las campanas repicaban por todas partes para llamar a la población a combatir. El asalto que había planteado el mando felipista era simultáneo, atacando las ocho brechas existentes.

La gran fuerza de la maniobra borbónica supuso que alrededor de las siete de la mañana, algunos regimientos borbónicos consiguieran llegar hasta la primera línea de viviendas detrás de la muralla, en áreas como el Pla d'en Llull, o el convento de Sant Agustí. Aun así, el entramado urbano de este sector de la ciudad, muy derruido, contribuyó a que el combate se endureciera.

Desde el momento en que las autoridades de Barcelona decidieron que harían frente a Felipe V, una de las posibilidades que podía ocurrir era que si el ejército borbónico entraba en la ciudad, ésta sería sometida al saqueo y la destrucción. Durante los años de guerra, varias localidades de la Corona de Aragón habían vivido episodios similares, como Játiva, quedando casi arrasada, su población represaliada y la localidad rebautizada (pasando a llamarse San Felipe hasta el año 1812). En Cataluña, uno de los ejemplos más cruentos se vivió en Lleida, cuando en octubre de 1707 la ciudad fue ocupada por las fuerzas del duque de Orleans que permitió el saqueo durante una semana.

A pesar de que el general Villarroel había decidido dejar su cargo, en la jornada del 11 de septiembre aún no había abandonado Barcelona para ir a Mallorca, por lo que no dudó en ponerse de nuevo al frente de las fuerzas resistentes. Él mismo consiguió dirigir la defensa en el Pla d'en Llull y en la zona del Born, cargando con la caballería y llegando a caer herido.

Paralelamente a los combates del área del cuartel del Mar, en el barrio de Sant Pere, los enfrentamientos eran feroces y las posiciones se perdían y se recuperaban sucesivamente, tanto por un bando como por el otro. Alrededor de las siete de la mañana, cuando la lucha no parecía decantarse por ningún ejército, el Consejero jefe Rafael Casanova llegó al baluarte de Sant Pere enarbolando el pendón de San Eulàlia. A inicios del siglo XVIII, llevar la bandera de la patrona de la ciudad a primera línea de fuego significaba que los barceloneses tenían que hacer su último esfuerzo para combatir al invasor. Rafael Casanova encabezó las cargas que la coronela ejecutó en el bastión de Sant Pere, logrando rechazar el asalto borbónico pero cayendo herido de un disparo en el muslo.

La lucha aún se prolongó por las calles de la capital, hasta que a las tres de la tarde los resistentes tocaron a parlamento. El bando borbónico era superior en términos militares, sobre todo numéricamente. Los combates se detuvieron y las autoridades de la ciudad aceptaron las condiciones del duque de Berwick: desarme general; rendición de la plaza; entrega del puerto, las Atarazanas y el castillo de Montjuïc; y la capitulación de la fortaleza de Cardona, que se produjo una semana más tarde.

Si Barcelona pudo evitar el saqueo y la destrucción en la jornada del 11 de septiembre fue por la lucha encarnizada de más de diez horas, provocando gran cantidad de bajas entre los asaltantes y llevando los combates hacia un callejón sin salida imprevisible. Cuando los resistentes llamaron a parlamento para acordar la rendición, el duque de Berwick aseguró las vidas y haciendas de la población civil a cambio de la capitulación final. De esta manera, tal como se había acordado, el 13 de septiembre las tropas borbónicas entraban en Barcelona para tomar posesión de la ciudad en un clima de normalidad impropia, atendiendo a los últimos trece meses vividos.

Sin embargo, las consecuencias humanas del bloqueo y asedio de Barcelona tuvieron un impacto muy elevado si tenemos en cuenta las características de este tipo de operaciones. Entre ambos bandos se contabilizaron más de veinte mil bajas a lo largo del asedio; aparte de una población civil que también sufrió de manera incalculable y de una ciudad que quedó muy dañada.

23. Represión y exilio

Cuando Barcelona cayó en manos borbónicas, las instituciones de gobierno de la ciudad y del Principado fueron abolidas (Diputación del General, Consejo de Ciento, Audiencia Real). José Patiño y Rosales, intendente del ejército de Felipe V, pasó a presidir la Real Junta Superior de Justicia y Gobierno, instaurada provisionalmente el 15 de septiembre de 1714. De este modo, bajo la argumentación del “derecho de conquista”, se puso fin a la arquitectura jurídico-política que había regido en Catalunya desde hacía más de cuatro siglos.

El nuevo reglamento borbónico para el Principado se definió a partir del Decreto de Nueva Planta (16 de enero de 1716). El ordenamiento se inspiraba en los modelos que ya habían sido implementados en Valencia y Aragón desde 1707, pero en esta ocasión tenía un perfil más severo en términos de fiscalidad y militarización de la vida civil.

El decreto de Nueva Planta significaba la instauración de un nuevo modelo de Estado que rompía con la tradición de época medieval y moderna. Se impuso una política de

corte absolutista y jerarquizado. El Capitán General fue la máxima autoridad del territorio y dirigía el gobierno y el ejército de Catalunya. La justicia se impartía desde la nueva Real Audiencia, que también disponía de algunas funciones gubernativas. El territorio, en lugar de vertebrarse a través de las tradicionales veguerías, se dividió en doce corregimientos regidos por el corregidor y los alcaldes mayores. El Intendente gestionó la nueva tributación, que desde 1715 se vio incrementada por la imposición del catastro, una tasa que sólo grababa los territorios de la ya extinguida Corona de Aragón.

José Patiño Rosales (Milán, 1666 - La Granja de San Ildefonso, Segovia, 1736) fue el principal ideólogo y artífice de la configuración del nuevo orden borbónico en Cataluña después de la derrota catalana de 1714. Después de doce años de formar parte de ella, abandonó la Compañía de Jesús y, ya en España, ingresó en la orden militar de Alcántara. Incorporado a la administración borbónica y después de cumplir varios cargos en Castilla, fue nombrado (1713), en plena Guerra de Sucesión, superintendente en Catalunya, con la misión específica de recaudar dinero para mantener el ejército que operaba en el Principado, tarea en el desarrollo de la cual, colaboró con el duque de Populi, jefe de las tropas felipistas. Ambos configuraron una política represiva de extrema dureza contra los austracistas. En la última etapa de la contienda, el sitio de Barcelona de 1713-1714, Patiño promovió el establecimiento, en la Catalunya ocupada, de nuevos impuestos para financiar el ejército borbónico. Este hecho dio lugar a una auténtica revuelta popular contra la tributación, que recaía sobre una población empobrecida por causa de la guerra. Después del 11 de septiembre de 1714, el nuevo jefe militar, el duque de Berwick, partiendo de la idea de considerar «el Principado de Catalunya como si no tuviera Gobierno alguno», creó, junto con catalanes fieles a Felipe V, Gobierno y Justicia, con la misión de gobernar Catalunya hasta su definitiva institucionalización política. José Patiño sería el jefe de la Junta (1714 hasta 1716). Desde este cargo, introdujo la renta del papel sellado y se hizo cargo “del Real Patrimonio, ocupándose de los recursos de la Generalitat y el Consejo de Ciento, administrando las propiedades confiscadas a los austracistas e instaurando la contribución del catastro» (Martínez Shaw). Fue, conjuntamente con el arrogante Francisco

Almendro, el inspirador del famoso y nefasto Decreto de Nueva Planta (1716). Más tarde sería responsable de Marina, Indias, Hacienda (1726) y Guerra (1730). En 1733 fue nombrado secretario de Estado. De hecho, Patiño actuó, entre 1726 y 1736 como un auténtico primer ministro del régimen borbónico instaurado por Felipe V. Su política exterior tuvo como escenario prioritario el Mediterráneo y como preocupación básica la recuperación de Menorca y Gibraltar, y la influencia sobre Nápoles y Sicilia. Patiño ocupa un lugar negativo en el imaginario popular de signo catalanista y ha sido considerado como uno de los enemigos más emblemáticos del país por su estrecha vinculación con la represión borbónica después de 1714.

24. La Ciudadela

Una vez las tropas de Felipe V controlaron la capital catalana, una de las primeras acciones puestas en marcha por el nuevo orden borbónico fue la construcción de una ciudadela militar. La gran fortaleza fue proyectada en 1715 por el ingeniero Próspero de Verboom y al cabo de cuatro años la obra ya estaba casi terminada. El monarca español quiso castigar severamente a Barcelona, y a toda Cataluña, con la implantación de un fortín inexpugnable para controlar la capital rebelde. De las antiguas defensas de levante, sólo se rehabilitó la Torre de Sant Joan, que quedó en el interior de la ciudadela y se convirtió en uno de los emblemas represivos.

Con la construcción de esta gran ciudadela, la avanzada del Fort Pius y el ya existente castillo de Montjuïc, la monarquía española contó con las infraestructuras militares necesarias para volver a someter a Barcelona en cualquier momento.

El barrio de Ribera, situado en el entorno de lo que es hoy el Born y Santa María del Mar fue uno de los escenarios más destacados de las acciones militares de los dos bandos, los sitiadores y los sitiados, durante el asedio de Barcelona de 1713-1714. La zona del Portal Nou y de Santa Clara fue el escenario de los enfrentamientos más duros durante el asedio. La brecha abierta entre el baluarte del Portal Nou y el baluarte de Santa Clara, fue uno de los objetivos prioritarios del ejército borbónico a la hora de intentar el asalto

definitivo a la capital catalana. También el baluarte de Levante, en el extremo este de la ciudad, compartió este trágico protagonismo durante el asedio. Con el fin de construir una fortaleza para tener dominada la ciudad, al terminar la guerra las autoridades borbónicas no dudaron en aniquilar una parte importante del barrio de Ribera. Unas mil casas fueron derribadas, lo que representó el desalojo forzoso de entre cuatro y cinco mil personas, es decir, el diecisiete por ciento de todo el tejido urbano de Barcelona. La construcción de la Ciudadela se hizo destruyendo una zona de la ciudad habitada por mercaderes y pescadores que daban vida a la economía de la capital catalana. Los Borbones se vengaban así de una parte de Barcelona que les había plantado cara con gran coraje durante el asedio.

Para edificar la Ciudadela, Felipe V ordenó la demolición de una quinta parte del entramado urbano, básicamente, el sector oriental que delimitaba el Rec Comtal y que contaba con un millar de viviendas (la mayor parte del antiguo cuartel del Mar y las áreas de los conventos de Sant Agustí y Santa Clara). El espacio derruido era una de las zonas urbanas más dinámicas de Barcelona, con carácter propio y con una elevada densidad demográfica. En el antiguo cuartel del Mar vivían los segmentos populares de Barcelona, precisamente uno de los barrios que más se significaron durante el sitio de 1714.

Con la construcción de la Ciudadela, la vida cotidiana de la población civil quedó alterada completamente, puesto que los barceloneses observaban que una gran fortaleza había irrumpido en el centro de su ciudad.

La construcción de la Ciudadela cambió definitivamente la fisonomía de la capital, ya que quitó una cara de la plaza mayor, el Born, que era el centro socioeconómico de Barcelona desde las centurias medievales. Además, el casco urbano por donde circulaba el Rec Comtal, que fue aniquilado debido a las demoliciones, albergaba instalaciones preindustriales en alza y buena parte de los oficios y servicios que nutrían el puerto.

Fruto de estas alteraciones en el tejido socioeconómico, durante el Setecientos, otras zonas de Barcelona ganaron protagonismo. El Raval, un barrio que en la época Moderna era más bien marginal y despoblado, se convirtió en el centro productivo. Además, la Rambla se urbanizó y

ganó popularidad progresivamente. Las familias acomodadas querían participar de este nuevo proceso, por lo que se construyeron grandes palacios de estilo neoclásico, como el Palau Marc, la Virreina o el Palau Moja).

La ciudadela militar permaneció en pie hasta 1869, cuando debido al Sexenio Democrático, el general Prim la cedió al Ayuntamiento de Barcelona. El órgano local decidió derribarla para construir un parque que complementaría el proyecto urbano del Eixample. De la antigua ciudadela quedan tres grandes edificios, el antiguo arsenal, hoy sede del Parlamento de Cataluña, el palacio del gobernador y la capilla castrense.

25. Las banderas del ejército catalán

Durante el Antiguo Régimen, los ejércitos identificaban sus unidades militares con banderas, además de ser un elemento que se empleaba para estimular la tropa. Era una pieza muy importante en el imaginario de la época, con un carácter casi litúrgico. Entre las crónicas, la pérdida de las banderas se ponía al mismo nivel que las bajas en combate. El ejército que ganaba una acción bélica, si podía, requisaba las de su contrincante y las mostraba ante algún altar religioso. Por ejemplo, durante la guerra de Sucesión, en varias ocasiones las fuerzas borbónicas expusieron los pendones del ejército aliado ante la Virgen de Atocha, en el santuario de Madrid.

En cuanto a las instituciones catalanas, las dos banderas principales eran la de la Generalitat, representada por la cruz de Sant Jordi, y la de Barcelona, que mostraba la patrona de la ciudad, la mártir Santa Eulàlia. Esta última fue enarbolada por el Consejero jefe Rafael Casanova en la jornada del 11 de septiembre. Con este gesto, el consejero primero quería empujar a los barceloneses a la lucha final, en un contexto de emergencia por cuanto las tropas borbónicas ya estaban inmersas en el entramado urbano. Durante el asedio borbónico de 1706, los ciudadanos también reclamaron la salida de las banderas al conocer que habían perdido el castillo de Montjuïc (22 de abril de 1706). En consecuencia, una multitud de barceloneses subieron a la fortaleza siguiendo los estandartes y cargaron con fuerza contra el ejército franco-español.

Cuando las tropas del duque de Berwick ocuparon Barcelona el 13 de septiembre de 1714, una de las primeras acciones ejecutadas fue la requisita de las cuarenta y dos banderas de la coronela y las de Sant Jordi y Santa Eulàlia. Berwick las envió a Felipe V, pero el monarca no aceptó los pendones de los rebeldes y mandó que fueran devueltas a Barcelona para ser quemadas en público. Este acto, cargado de simbolismo, denotaba el carácter de la represión que sobrevendría durante los próximos años.

26. Las autoridades catalanas durante el asedio final. Rafael Casanova

Rafael Casanova i Comes (c. 1660 – Sant Boi de Llobregat, 1743). Estudió leyes, tanto derecho civil como canónico. En 1706 fue nombrado consejero tercero de Barcelona, y al año siguiente el rey Carlos III le confirió la condición de ciudadano honrado. Le encontramos como integrante de la comisión que recibió la reina Isabel Cristina cuando ésta llegó a Mataró en 1708 para consumar su matrimonio con el rey Carlos. Durante el sitio de Barcelona de 1713-1714 fue miembro de la Junta de Brazos y de la Junta Secreta, integrada por cinco miembros con la misión de debatir sobre cuestiones importantes. Le acompañó en esta tarea el militar Antonio de Villarreal. En las elecciones del 30 de noviembre de 1713 fue elegido consejero de Barcelona, responsabilidad que llevaba adherida el grado de coronel de la Coronela y, por tanto, la más alta responsabilidad militar en la defensa de la capital catalana. Al producirse el ataque borbónico el 11 de septiembre, Casanova fue herido por una bala que le atravesó el muslo mientras enarbolaba la bandera de Santa Eulàlia, sobre la cual había jurado defender Barcelona hasta la muerte. Casanova fue trasladado al hospital del colegio de la Merced. Para evitar su detención, encarcelamiento y exilio, fue dado por muerto y registrado como tal en el hospital de la Santa Cruz. Al terminar la guerra huyó disfrazado y se refugió en Sant Boi en la casa familiar de su mujer. Lo cierto es que en 1719 volvió a ejercer como abogado. Lo hizo hasta el 1737, que se retiró en Sant Boi, donde murió y fue enterrado el 3 de mayo de 1743. Casanova aconteció durante el Renacimiento la el símbolo patriótico de la resistencia a Felipe V. Y lo fue desde entonces sin excepción, incluso durante la dictadura del general Franco, y hasta hoy.

Después de que la Diputación del General hiciera pública la resolución de resistir a ultranza por parte de los Brazos catalanes (9 de julio de 1713), en Barcelona, todas las instituciones trabajaron desde el primer momento para iniciar los preparativos bélicos. De manera especial, el Consell de Cent veló porque toda la población barcelonesa capaz de combatir fuera integrada en la defensa. La coronela, formada por cuarenta y dos compañías demasiado difíciles de maniobrar, fue reorganizada en seis batallones. En total, la milicia urbana de Barcelona se componía de cinco mil combatientes. Asimismo, los hombres hábiles que no formaban parte de ningún regimiento del nuevo ejercido ni de la coronela, fueron enrolados en los llamados batallones de *Barris*, completando así un proceso de militarización total.

Con el objetivo de estimular la resistencia y de otorgarle una gran solemnidad, el 24 de julio de 1713, el pendón de Santa Eulàlia se mostró en público. La ceremonia, cargada de simbolismo y con mucha concurrencia, concluyó con la exhibición de la bandera en el portal mayor de la Casa de la Ciutat. Un acto de estas características sólo se producía cuando se vivían momentos de gran conmoción, tal como sucedió en Barcelona entre julio de 1713 y septiembre de 1714.

En un lado del pendón, que era de damasco carmesí, aparecía la imagen de Santa Eulàlia, patrona de Barcelona; mientras que la otra mostraba un cáliz acompañado de una hostia y el lema *Exurge, Deus, juzga causam tuam* (Levántate, Señor, juzga tu causa). El Consell de Cent resolvió la formación de un batallón de mil hombres para resguardar la bandera de Santa Eulàlia. Este cuerpo se formó con los jóvenes de los gremios que, una vez finalizara el asedio, verían recompensado su esfuerzo con el grado de maestro de oficio.

Comenzaba 1714 y el conjunto de Catalunya estaba bajo las armas de Felipe V. Las plazas militares catalanas tenían una guarnición borbónica permanente, así como las ciudades más importantes del interior. La ocupación del Principado ya era total. Sólo Barcelona y Cardona, bajo las órdenes de Manuel Desvalls i de Vergós, continuaban resistiendo el embate felipista.

Fruto de esta situación, el Consell de Cent barcelonés presionó a la Diputación del General para que le cediera la dirección de la defensa. En ese contexto de ocupación militar, la Generalitat no tenía capacidad para extraer ren-

tas de toda Catalunya, razón por la cual, el peso de la resistencia recaía en el Consell de Cent y en la capacidad económica de mercaderes potentados de Barcelona. El 26 de febrero de 1714, en el Saló de Cent, se llevó a cabo la oficialización del cambio de poder. Sin embargo, a la hora de tratar los asuntos político-militares más relevantes, los diputados de la Generalidad y el presidente del Brazo Militar aún fueron partícipes de los debates.

El Consell de Cent ordenó que la nueva planta de gobierno se formara a partir de tres juntas: de Guerra, de Medios y de Provisiones. La *vint-i-quatrena*, tal como era conocido el gobierno barcelonés dado el número de miembros que lo formaban, confirió un marcado tono popular a la resistencia, ya que buena parte de la nobleza, la jerarquía eclesiástica y algunos comerciantes ya habían abandonado la ciudad. Buena muestra de ello es el creciente protagonismo que adquirió la coronela de Barcelona y la decisión de no capitular ante el ofrecimiento del duque de Berwick el 4 de septiembre de 1714.

27. El pendón de Santa Eulàlia

El pendón de Santa Eulalia era uno de los elementos más poderosos del imaginario colectivo de los catalanes y, especialmente, de los barceloneses. No existía ningún otro elemento capaz de aglutinar a la población para materializar un propósito concreto, puesto que la bandera sólo salía a la luz en contextos de extrema urgencia como consecuencia de los hechos de armas.

Durante los años del conflicto sucesorio, el primer momento en que el estandarte de Santa Eulalia apareció en público fue durante el asedio borbónico de 1706, cuando después de que las tropas aliadas abandonaran el castillo de Montjuïc, el 22 de abril, un tumulto de barceloneses pidió la salida del pendón para embestir las tropas franco-españolas que rodeaban el castillo. De este modo, hasta diez mil personas subieron a la montaña de Montjuïc siguiendo la bandera.

El episodio más célebre protagonizado por el venerado pendón de Santa Eulàlia se produjo en los combates finales del 11 de septiembre de 1714. Como consecuencia del asalto simultáneo de las Dos Coronas, Antonio de Villarreal pidió que el estandarte saliera de la Casa de la Ciutat para incitar la lucha de los defensores. La máxima autoridad de Barcelona, el Consejero jefe Rafael Casanova,

levantó la bandera de Santa Eulalia para dirigirse al baluarte de Jonqueres. La acompañaba una comitiva de prohombres, el sexto batallón de la coronela y algunas compañías sueltas del tercer batallón. A medida que avanzaba por las calles se iba añadiendo gente de toda clase y condición. La bandera de Santa Eulalia presidió los contraataques barceloneses a lo largo de la mañana del 11 de septiembre, hasta que Antonio de Villarreal, forzado por la evolución del combate, llamó a capitulación.

28. Santa Madrona

Según la tradición, Santa Madrona era originaria de Tesalónica (Grecia), donde fue martirizada por su condición de cristiana alrededor del año 300. Unos mercaderes trasladaron sus restos hacia Marsella, pero en el trayecto se resguardaron en Barcelona a causa del mal tiempo, en la playa de Sant Bertran. Para proteger los restos de la mártir, los mercaderes las depositaron en la vecina ermita de Sant Fruitós, a los pies de la montaña de Montjuïc. Cada vez que intentaban hacerse a la mar, el temporal se repetía, razón por la que interpretaron que Santa Madrona quería quedarse en Barcelona.

Durante las épocas medieval y moderna, las reliquias de la santa cambiaron de emplazamiento en varias ocasiones, depositándose, según se cree, en Sant Pau del Camp. El año 1558 se inauguró una iglesia dedicada a Santa Madrona en Montjuïc, convirtiéndose en un centro conventual capuchino. Durante la guerra de Sucesión, el convento de Santa Madrona tuvo mucho protagonismo en los tres sitios que vivió la capital catalana. En el último (1713-1714), el conjunto religioso quedó muy dañado y las reliquias fueron trasladadas a la catedral.

El año 1563, el Consell de Cent había declarado el día de Santa Madrona, 15 de marzo, fiesta de precepto y se convirtió en co-patrona de Barcelona junto con Santa Eulàlia. La población femenina de la ciudad, sobre todo, le profesó mucha devoción y las mujeres realizaban procesiones desde Barcelona hasta el convento de Montjuïc. Los navegantes y los marineros también le mostraron una gran veneración, por cuanto se consideraba que la mártir protegía de las inclemencias del mar.

Adrià Cases, Mercè Morales y Jaume Sobrequés